

EL ESPEJO

EL ESPEJO
EL ESPEJO

EL ESPEJO
NÚMERO 8

2016

DIRECTORES

Urbano Pérez Sánchez, Hilario Jiménez Gómez y David Matías

DISEÑO DE PORTADA Y CONTRAPORTADA

Juan Ricardo Montaña García

MAQUETACIÓN

Mercedes, estudio de diseño gráfico

EDITA

Asociación de Escritores Extremeños

PATROCINA

Excma. Diputación Provincial de Badajoz

COLABORA

Junta de Extremadura

© de los textos, sus autores

DEPÓSITO LEGAL

BA-000460-2016

Impreso por el Servicio de Publicaciones de la Diputación Provincial de Badajoz

Tras un prolongado silencio, y gracias al apoyo inestimable de la Excelentísima Diputación Provincial de Badajoz, la revista *El Espejo*, de la Asociación de Escritores Extremeños, vuelve a ver la luz con intención de seguir siendo vehículo de expresión y difusión del quehacer literario de nuestros socios, de mantener su carácter anual y de convertir su presentación, cada otoño, en una oportunidad para el encuentro entre escritores y amantes de la Literatura, un encuentro que ya se viene impulsando a través de la web de la AEEX y que se pretende reforzar, además, con los congresos, ya habituales, y con actividades periódicas que resulten de interés para todos.

En estos años muchas son las nuevas voces que han ido irrumpiendo en el panorama literario extremeño, y por eso hemos considerado oportuno aprovechar esta entrega de la revista para llevar a cabo una amplia «Radiografía de la literatura joven en Extremadura», que cuenta con la colaboración de hasta diecinueve escritores nacidos a partir de 1980 y vinculados, de un modo u otro, a nuestra región, y que son, a fin de cuentas, los llamados a tomar, en el futuro, el relevo en la asociación.

El número se completa con una colaboración dedicada a Cáceres firmada por Antonio Colinas, último *Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana*, con una entrevista a Eduardo Moga, director, desde principios de año, de la Editora Regional de Extremadura, y con un apartado de reseñas dedicado a diversos libros recientes de autores extremeños.

Para terminar, sólo queda agradecer el esfuerzo del equipo que ha hecho posible este número de *El Espejo*, revista que esperamos que disfruten y a la que deseamos, además, larga vida en esta nueva etapa.

Juan Ramón Santos
PRESIDENTE DE LA AEEX

UNA ESTACIÓN, UNA CIUDAD, UN DESTINO

ANTONIO COLINAS

Reproducimos aquí el artículo de Antonio Colinas que fue publicado en el *Diario de León* el 20 de diciembre de 2015 y que obtuvo el VIII *Premio Internacional de Periodismo* de la Fundación Mercedes Calles y Carlos Ballester. Se reconocía así un tema muy vivo y entrañable para su autor, como es el de la ciudad de Cáceres, y también el medio siglo que ha dedicado –además de a su trabajo como escritor y traductor– a las colaboraciones periodísticas y a la crítica literaria.

El escritor leonés –que acaba de recibir el XXV *Premio Reina Sofía de Poesía Iberoamericana*– ha aceptado que sus palabras abran las páginas de nuestra revista, como muestra de la amistad y el afecto que siempre ha sentido por nuestra tierra.

El tiempo avanza, los años transcurren, pero quedan entre nosotros una serie de vivencias –de símbolos– que son a la vez los iniciales y los iniciáticos de nuestras vidas. Me refiero a esos recuerdos primerísimos, muy llanos y tiernos, pero que dejaron una marca, a la vez de realidad y de ensueño en nuestras miradas. Así sucedía con aquel paseo que, cada día, después de comer, daba con nuestro padre hasta la estación del ferrocarril y hasta el jardinillo que estaba a su lado. Íbamos a pasear, sí, pero sobre todo a ver el tren que llegaba traqueteante y vomitando humo y carbonilla. Había ese momento prodigioso de la llegada, pero había otro que a mí siempre me intrigaba. Cuando partía ¿a dónde se dirigía el tren y sus gentes, dónde acababa aquel perderse por la infinitud de la vía? Mi padre siempre respondía: “Va hacia Extremadura, hacia Cáceres”. Y esta última palabra quedó en mi memoria no como expresión de una ciudad o de un lugar concretos sino de lo misterioso, de lo que está *más allá*, de cuanto desconocemos en la vida, que todavía hoy es mucho.

Cáceres era pues un símbolo y, como María Zambrano escribió, “los símbolos desvelan los misterios”. Los símbolos –digo yo– también sanan y salvan.

¡La vía del tren de mi infancia...! Todavía era muy pronto para saber que, en realidad, aquella vía –que hoy ensueño doblemente, pues desapareció triste y repentinamente en 1985– iba de Astorga a Cáceres, y tenía en La Bañeza, en mi ciudad natal –como la primitiva calzada romana– su primera parada. De un plumazo eliminaron la línea de ferrocarril porque, al parecer, aquella ruta “no era rentable económicamente”. ¿Y era rentable la soledad de los ancianos y de los estudiantes que no poseían coche? ¿O la de quienes, a partir de Cáceres, seguían a Andalucía? ¿Es rentable el ensueño de un niño?

Aún no sabía que en realidad aquella vía del ferrocarril que terminaba en Cáceres respondía a otra vía más primitiva: la Vía de la Plata. Ya desde tiempos romanos iban y venían por ella mercancías y personas, sobre una calzada de losas enormes que, no hace mucho salieron a la luz poco antes de Baños de Montemayor, al construir la autovía. Aquella Vía que todavía hoy, gracias a puentes y a miliarios primitivos, señala y recuerda el tiempo pasado, esa línea directa, no radial, de comunicación y de progreso, en cuyo renacimiento hoy muchos estamos empeñados.

Pero cierro los ojos del niño, partió el último tren, los raíles se llenaron de hierbajos, pero los vuelvo a abrir. Porque el nombre de Cáceres es como una semilla que en mí quedó sembrada en buena tierra; no como esos misterios que están huecos y que nada significan sino como expresión de algo que un día dará fruto. Por eso, cierro los ojos del niño, abro los ojos de la persona mayor y, a su vez, vuelvo a cerrarlos para comprender que hoy, para mí –otros tendrán su visión de la ciudad– Cáceres es una ciudad profundamente unida a lo literario y, en consecuencia, a lo que ha sido mi vocación para la *palabra*. Me veo obligado a dar algunas, sólo algunas muestras, de esa relación de la ciudad de Cáceres con la literatura.

Vuelvo a cerrar los ojos. Comienzos de los años 70. Ahora no soy el niño al que llevaba su padre de la mano, sino que he tomado en la estación de Salamanca el tren que me llevará a Cáceres por vez primera. Aún perduraba el tren y aún tenía, para mí, por meta la ciudad de Cáceres. Y yo ahora, joven ya y no niño, iba hacia ella. Venía de dar mi primera conferencia en un Curso de Verano sobre la Generación del 27 en Salamanca e íbamos a Cáceres a dar otra en lo que entonces era sólo su Colegio Universitario. Digo “íbamos” porque me acompañaba el escritor y profesor José Luis Cano, el alma de la revista *Ínsula*, a la que tanto le deben los escritores y la literatura españoles.

Tanto ayer como hoy, entre Salamanca y Cáceres, además de una vía de ferrocarril había unos paisajes del alma que los ojos iban desvelando. No es raro por ello que esta Vía de nuestro occidente también haya sido reconocida como *Vía Verde*, pues, a la vez, el paisaje desvelaba el misterio de la ruta de ese tren que ahora sabía que, al fin, me iba a llevar a un destino cierto: Cáceres. Aquel día, para el joven, el recorrido (y su entorno) ya poseía nombres reveladores, a su vez, de otros mundos. Porque no se puede comprender a Cáceres sin algunos lugares previos –emblemáticos– para el que accede a la ciudad desde el norte: Baños de Montemayor con sus termas, que algo tenía –en las bruscas curvas de entonces– de descenso a lo secreto; Hervás, preservando las huellas de *otra* cultura española; Abadía o *Sotofermoso* (donde Garcilaso y Lope de Vega vieron y cantaron sus hermosos jardines); Cáparra (donde la calzada aún florece en ruinas espléndidas); a la izquierda, y, abriéndose desde Plasencia, comarcas y lugares llenos de simbolismo: la Vera, el Jerte, Jaraíz, Yuste, el río Tiétar y el paraíso de Monfragüe. Tras aquel descenso iniciático, la piel sentía (y siente) otro aire y las venas otro clima más tibio.

Ya en Cáceres, residimos en aquellos lejanos días en el mismo Colegio Universitario que, no tardando mucho, sería Universidad. Luego,

a la Universidad de Cáceres me llevó de nuevo la literatura por medio del nombre de un profesor, Juan Manuel Rozas. Él no era un profesor al uso. Primero, porque había renunciado a su cargo en una universidad de Madrid para ir a la de Cáceres por razones de predilección, de afecto. Buscaba para su salud aquella tibieza y bondad del clima seco y puro, y Cáceres era un lugar ideal. Renuncia, pues, a la gran ciudad y a sus intereses, para apostar por una modesta universidad de provincias, pero a la vez, muy abierta a un nuevo afán de conocimiento. Entre otros muchos valores, Rozas fue el primer autor que allá por los años 70 se interesó por la poesía última, por la de los “novísimos”. Su artículo “Los novísimos a la cátedra” (1979) fue una referencia bibliográfica avanzada, ineludible. Rozas falleció pronto, pero nos dejó un verso que bien vale una vida: “Somos ruido de rosas, dioses para la muerte”.

Su biblioteca era y es muy especial. Durante otro de mis viajes a Cáceres –literario también– su viuda me la mostró, y allí estaban los clásicos más selectos y en las más preciadas ediciones para probarme que el interés de Rozas por la poesía venía de muy lejos, y en Cáceres lo había fundamentado no manteniendo los tópicos y telarañas del pasado, sino avivando los contenidos literarios, mostrando ese interés especial por la nueva poesía y –lo que acaso fuera más importante– creando una verdadera escuela de alumnos-poetas, cuyos nombres ahora no recordaré aquí para no olvidarme de ninguno; pero sin los cuales sería inconcebible hacer una valoración de la poesía y, por extensión, de la literatura española actuales. En mi biblioteca hay, en tres volúmenes, una recopilación de la poesía extremeña en cuya conformación de autores mucho tuvo que ver el magisterio de Juan Manuel Rozas.

Sí, cierro los ojos para seguir desvelando en mi memoria el nombre de esa ciudad que mi infancia ensoñó y retorna de nuevo Cáceres como ciudad abierta a la literatura; aspecto quizás para otros secun-

dario, pero, como ya he dicho, para mí esencial por ir paralelamente –como las vías de aquel tren perdido de mi infancia– hacia mi vocación de escritor. Cierro los ojos y, en mi interior, surge una de las Ferias del Libro de la ciudad, y en ella la presencia de aquellos poetas que entonces sólo eran estudiantes. Amaban la literatura, pero también tenían el don de amar mucho a su tierra, que a veces se reflejaba en pueblos de la provincia, pero que siempre concentraban en su amor a Cáceres, la ciudad que les proporcionaba el *conocimiento*.

Ellos fueron también para mí guía en ese laberinto de piedras prodigiosas que es la ciudad antigua; laberinto que se acentuaba al atardecer, cuando el aire radiante dejaba ver el perfil de las cigüeñas en torres y en campanarios y, sobre todo, de noche. Entonces Cáceres era (y es) ese laberinto que, por sus dimensiones nunca extravía, sino que nos sumerge de manera suficiente en el silencio del ensoñar, o en el ensoñar el silencio. ¡Qué bien se comprendía entonces en aquellas calles y placitas la creencia jungiana de que la piedra es “energía indestructible”, que la piedra da vida.

Pasaron los años y regresé. En esta ocasión, una mujer se identificó diciéndome: “Yo fui una de aquellas personas que, siendo estudiante, le sirvió de guía por la ciudad antigua”. Cáceres había supuesto, pues, una iniciación para el que la descubría y para quien nos la había hecho descubrir. En medio: la amalgama invisible de la poesía, de la literatura, en nuestros diálogos y en aquel pasar repentinamente de un mundo a otro desde alguno de los postigos, por las puertas de Mérida o del Río, o partiendo de las plazas de Piñuelas, Santa Clara o Cancelas. O, por el Arco de la Estrella, penetrar en la Plaza de Santa María, una condensada muestra de arquitecturas únicas. Y más adentro, nombres que son poesía en sí mismos: Torre de los Espaderos, Casa de los Caballos, Casas del Sol, de la Cigüeña, del Águila.

La Vía de la Plata nace en tierras de León, en *Astúrica Augusta* (Astorga) y sigue en realidad hasta *Augusta Emérita* (Mérida), pero antes estaba esa parada en la mansión de *Norba Caesarina*, la primitiva Cáceres, alzada sobre un castro en el siglo I. Hubo por tanto en mí una relación claramente literaria con la misma, pero también vivencial e histórica. El rey leonés Alfonso IX había tomado la ciudad de Cáceres en 1229, apenas diez años después de fundar en Salamanca, en 1218, la primera universidad española. Había, pues, un muy antiguo y culto hermanamiento en aquel afán de refundar y unir tierras. La influencia leonesa llegó hasta el Guadiana y algún día habrá que fijar en una publicación fundamentada las resonancias y sintonías entre ambos territorios hermanos, la relación sutil en muy diversos campos: la arquitectura y la música, la orfebrería y los ropajes, la gastronomía y las leyendas, la fauna, la artesanía y la común romanización. (Otras veces, este hermanamiento ya se ha fijado en obras ejemplares, como el “Museo de las Alhajas de la Vía de la Plata”, creado ya en mi propia ciudad, en La Bañeza.) De estas sutiles sintonías saben ya mucho mis amigos los profesores José Luis Puerto y Valentín Cabero (este último, eminente geógrafo; por cierto, uno de los primeros profesores de la Universidad cacereña y luego catedrático de Geografía y Decano de su Facultad en Salamanca).

Bien es verdad que a veces no me llevaba la literatura a la ciudad, pues la visitaba en secreto con mi familia, cual anónimos turistas, que debían redescubrir la ciudad en lo que ésta nos ofrece de inesperado. Sin embargo, lo normal, lo habitual, era que la Cáceres literaria siguiera teniendo en mi vida ese protagonismo que sólo la bonhomía de sus gentes de letras, la apertura de sus instituciones y los afectos pueden suscitar. Por eso un día, tuve que acudir allí para presentar la primera monografía coral que se publicó sobre mi obra poética, *El viaje hacia*

el centro (1997). Una treintena de estudiosos me sorprendían colaborando en este libro que en Extremadura nació y que en Cáceres era presentado. En otras ocasiones, era mi propia poesía la que adquiría nueva vida en la ciudad gracias a una antología como *Nueva ofrenda* (2009). Ahora la Diputación Provincial, la Institución “El Brocense” y la “Colección abeZetario” eran quienes me permitían ofrendar a la ciudad los poemas míos que yo prefería, esa esencia de, cuanto a lo largo de muchos años, yo había ido creando.

Cáceres siempre me remitía a la literatura, pero a la vez, retornaba a mí por medio de esa Vía de la Plata que unía a Cáceres con La Bañeza, la ciudad en la que yo había nacido. Así, las vivencias literarias cacereñas primeras se fundían con el aroma a tomillo del jardín de *mi* estación de ferrocarril, mis obras literarias más bellas unidas a la mano de mi padre, que cada tarde me conducía hasta aquel humeante tren que se perdía en dirección a un misterioso lugar: Cáceres.

Hablo de mis obras literarias “más bellas” no a la ligera, por petulancia o vanidad, sino por la constatación de un hecho cierto. En el año 2009 –con ocasión de una celebración que me volvía a recordar que cacereños y leoneses éramos hijos de la misma Vía de la Plata, de esa ruta que unía tierras y personas, y que no las separaba– nació la edición del más amado, conocido y traducido de mis poemas. Poema de poemas, debido a su extensión, que se titula *Sepulcro en Tarquinia* y que fue maravillosamente iluminado (es decir, metamorfoseado, enriquecido, reinterpretado con sus osados colores y figuras) por el artista cacereño Javier Alcaíns.

No, éste no era un libro más, ni nació en una ciudad cualquiera, ni con una ocasión banal, ni brotaba del compromiso, sino del amor que Alcaíns, el artista, sentía hacia aquel libro. Se daba una vez más el milagro de que, a veces, nuestros lectores más fecundos son los más secretos.

El colofón del libro reza así: “Este poema, escrito en Italia por Antonio Colinas, lo iluminó Javier Alcaíns en la antigua y bella ciudad de Cáceres. Tocó la última página mientras la lluvia del 26 de febrero del año 2003 caía interminable. Por buen amor, con vino rojo”. Observemos que hay una diferencia entre el año en que el libro fue iluminado y el publicado, prueba también de que la creación de Alcaíns había llegado de una lectura suya previa, objetiva, pura, pero que sólo Cáceres lo había acogido con generosidad.

Otros escribirán de esos palacios y templos de la ciudad, de esas puertas antiguas que ponen en comunicación la modernidad y lo contemporáneo, con la muy especial arquitectura medieval y renacentista, de sus blasones y balcones esquineros, de las columnas de sus patios, de sus cuevas y escaleras, de sus adarves y aljibes. Podía haber escrito sobre lo que se piensa y se siente en Cáceres cuando uno la pasea a distintas horas del día; o cuando las cigüeñas crotoran y sacuden en pináculos y chimeneas sus alas y cuando las pliegan y adormecen en sus prodigiosos nidos; frutos éstos, me atrevería a decir, no de una destreza, sino de una sabiduría (las cigüeñas que, según las estaciones del año, bajan de León a Extremadura, o suben de Extremadura a León.)

Pero no. Lo literario, la literatura hecha vida y la vida hecha literatura, se han impuesto en este texto que yo le debía a Cáceres desde hace tiempo. La literatura que es vida y que también me debería haber llevado a comentar que, un día, recibí en casa la colección del tesorillo de libros antiguos que apareció al derrumbar una pared en Barcarrota, una biblioteca “transgresora y heterodoxa” que hablaba de la liberalidad de su dueño para con la cultura. Uno de los libros era el facsímil del *Lazarillo*, ejemplar que –como las cigüeñas– quizás había descendido un día de Salamanca, por la Vía de la Plata, en el bolsillo de algún estudiante (Vía por donde también ascendió y descendió el estudiante

y “peregrino” cordobés Luis de Góngora, en uno de cuyos parajes, enfermaría más tarde de cuerpo y amor.)

Porque, ante todo, la ciudad y la Vía en la que se encuentra Cáceres sigue siendo lugar de paso y de destino; ahora mucho más acelerada gracias a una autovía que ha sacado de cierto olvido a nuestro occidente. Nací a la vida en el tramo leonés de esta vía y en esta vía, en Salamanca, vivo ahora. Mucho se ha acortado el viaje por esta ruta. Ya no se va y viene por ella sobre las grandes y hermosas losas de piedra de la calzada romana. Hoy vamos a Cáceres en poco más de una hora. Y, con ello, podemos seguir desvelando cuanto la ciudad posee de secretos aún sin descubrir y entregan las ofrendas que le debemos.

La mano de un padre en la mano de un hijo. El aroma del tomillo en el jardín. El tren traqueteante y humeante que pasaba siempre hacia un destino inimaginable. Pero aquel destino adquirió con los años sentido, iba a ser algo entrañablemente unido a lo más esencial de una vida. Los miliarios de la calzada, los raíles, el humo de la ruidosa locomotora, no conducían a la nada, sino hacia una ciudad y un destino fértiles.

RADIOGRAFÍA DE LA LITERATURA JOVEN
EN EXTREMADURA

FERNANDO ALCALÁ
(CÁCERES, 1980)

*Y respirar tan fuerte que se rompa el aire,
aunque esta vez si no respiro es por no ahogarme.*

“Al respirar”, VETUSTA MORLA

Es difícil dejar de respirar. Una bocanada de aire nunca es suficiente, siempre quieres más. A veces te descubres abriendo la boca como un pez abandonado a su suerte fuera del agua y sientes que lo necesitas, que no eres nadie sin él.

A ella le gusta que él la levante en brazos y la bese contra la ventana del apartamento, esa enorme desde la que se ve toda la calle. Le gusta sentir en su espalda desnuda el tacto frío del cristal y que él le susurre baladas *heavy* al oído, mientras lo siente dentro de ella cada vez más. Le gusta enredar sus dedos en los caracolillos de pelo de la nuca de él y dejarse atrapar, cerrando los ojos, sintiéndose cada vez más húmeda, más excitada, más abierta y solícita que nunca.

A veces simplemente le gusta observar cómo duerme, ver cómo se eleva la sábana que cubre su pecho y cómo coloca su mano tras el cuello. Sabe que seguramente se despertará en medio de la noche y soltará improperios porque siente que la sangre no le corre por las venas. Ella suele despertarse a la vez y le dice que es porque tiene la mano colocada en lugares donde no debe hacerlo, entonces le guía en la oscuridad de la cama y le lleva la mano a los lugares donde ella cree que sí debe colocarla, en sus pechos, sobre su estómago, más abajo.

No sabía que le gustase aquello, hacer el amor a oscuras, sin ser muy consciente de lo que ocurre, dejándole hacer a él, sin decir nada porque en una cama doble es pecado abrir la boca para otra cosa que no sea respirar, coger el aire y expulsarlo al momento como si quemara en los pulmones, cuando lo que en realidad le quema es la boca de él en sus entrañas, haciendo lo que se debe hacer en una cama para dos, a oscuras, en medio del sueño.

Algunas mañanas le prepara un café solo y se lo lleva a la mesa. A ella le gusta ver cómo se lleva la taza a los labios mientras interrumpe lo que sea que esté haciendo y la mira, con el pelo todavía revuelto y las marcas de la almohada aún en la cara. Las de sus propias uñas en la espalda no las mira porque a la luz del día no tienen el mismo color y se asusta al recordar que cuando apaga la luz ella pierde la voluntad y sus manos cobran vida propia y viajan por lugares en los que jamás pensaría por la mañana y exploran texturas que nunca imaginó que existieran. A veces se lleva esos dedos a los labios y aspira fuerte, como si tuvieran una fórmula mágica que le permitiera llenar sus pulmones del aire que les falta. Cuando lo hace descubre que no son precisamente sus dedos los que la tienen, que son los de él. Los besa a pesar de todo, consciente del fuego que le producen, que no la quema del todo, y que acaba siendo un mero canto de rana con el que apenas sanarse.

Vuelve a tomar aire y lo deja en sus pulmones hasta que no puede más, como si la sensación de estar viva, de respirar, de sentir cómo se infla su pecho, cómo su diafragma toma forma, cómo arquea la espalda al hacerlo... como si, con todo eso, pudiera sentirse la mitad de viva que se siente cuando él está sobre ella y no hay nada más que una sábana de sexo para descubrirles. Pero a medio camino de la asfixia, descubre que no es la solución, que el aire está tan vacío de él como lo está ahora ella.

Entonces abre los ojos y descubre contrariada cómo, en la oscuridad de la habitación que ya no comparten, una vez más, después de un año, dos meses y tres días, ha sentido la tentación de acariciarse pensando en él a pesar de todas sus reticencias, a pesar de que antes de meterse en la cama y arrojarse con las sábanas que ya no les cubren a los dos se prometió que no lo haría.

Agita la cabeza y se levanta. Sus piernas le tiemblan cuando lo hace y todavía puede sentir el calor bajando por la cara interna de sus muslos. Tiene que sujetarse contra la puerta para no caerse, las cuatro estaciones sucediendo a la vez en su cuerpo.

Aprieta la mano contra el quicio de la puerta y se maldice porque todavía huele a su sexo húmedo pero sediento de él, que ya no está y cuyo fantasma todavía la empuja a acoger sus propios dedos como si fueran los suyos, y recordar episodios pasados que ya no existen, o que quizá no existieron nunca como un cóctel de vidas muertas bajo las sábanas, con el mismo sabor del café negro que le hacía cada mañana.

Después sale de esa habitación donde todo se vuelve confuso por la penumbra del recuerdo, dispuesta a encender la luz de su conciencia. Por un momento, sintió de nuevo casi lo mismo que hace un año, dos meses y tres días. No puede consentírselo pero cierra los ojos, toma aire otra vez y la imagen de él desnudo susurrándole baladas de *Metallica* al oído regresa a su cabeza. Entonces descubre que es difícil dejar de respirar, una bocanada de aire nunca es suficiente, que siempre quiere más. A veces se sorprende abriendo la boca como un pez abandonado a su suerte fuera del agua, susurrando su nombre, y siente que lo necesita, que no es nadie sin él. Por eso vuelve a la cama, apaga la luz, se cubre con la sábana y acoge sus dedos con ternura. Tendrá que recordarle una última vez antes de olvidarle. Esta vez para siempre. O no.

C. L. ANDRADA
(MÉRIDA, 1984)

CANCIÓN O CEBO

EL CEBO

a E.

Helada
sin rebozar todavía
como la hernia sumisa
siento ayunos
trago sol
eclipse de rostros
si me hablan lloro
trago
hasta que me florezcan diez mil cuerpos de rosas amarillas
de bordes rojos
y ensimismadas orquídeas.

LA VIDA RESUELTA

I'd much rather be a golden ball of light, but still have sex.

Scout NIBLETT

La eternidad es tan débil,
acepta andar a gatas bajo los ojos altos de las masas,
son otros los que acortaron el terreno, las vías, los medios.
Consentimos.
El aburrimiento que nos trae, nos acaba arrugando
(antaño, pegajosas pisadas).

Un laberinto retumba
hinchado de ruego, aliento y carne.

La vida se entretiene en
dar de mamar a una rata sin querer.

(De *Morfina añeja*, 2016)

CANCIÓN A SAFO

El encuentro con la amada
es el momento que enmascara la raíz.
La mirada obvia cuando en la frente fusilan filtros.

La atracción por un exilio doble
en el discurso que, no visible, tachado
a modo de ensayo de vida.

¿De dónde sangras si no percibes el significado de las ruinas futuras?

Todo debe trascender. Una risa furiosa mientras en la pantalla
brotan fotografías de niños o árboles, muertos o dormidos.

El encuentro con la amada
es la traducción de un mundo mal traducido
de no albas, ni ascendente de narradas furias.

La fértil improductividad, tal vez, la sequía preñada
es lo que ofreceremos en la hora buena.

ANAÍS ÁVILA
(TRUJILLO, 1988)

AR KAN SAS*

a gleaming black bullet
runs the roads surrounded by vacuum.

plateaus that never end,
melted with the etiolated blue of the sky.
a sky blasé by the dullness of moribund crops.

trucks pass by leaving nothing
but a trail of dingy smoke,
the mirage of life somewhere else
outside arkansas.

CHICAGO SUNSET

todos los ojos de cristal abren sus párpados al crepúsculo
y aletean, veloces e incendiadas de neón y ocaso, balas de metal pintado.

* un proyectil negro refulgente / atraviesa carreteras rodeadas de vacío. // mesetas sin fin, / diluida en el lánguido azul celeste. / cielo hastiado de la monotonía de cultivos moribundos. // los camiones no dejan nada tras de sí, / un extenuado rastro de humo, / el espejismo de vida en algún sitio / lejos de arkansas.

lagartos gigantes de hormigón pulido, bruñido, cansado, reposan
sus omoplatos en la noche.

se recorta en la mortecina luz del color de las naranjas un espejismo:
la esperanza de un otoño largo,
de un invierno templado,
de una primavera eterna,
de un verano dormido.

TOUR DE FRANCIA

al abrigo de las papilas gustativas, se deshace
un sabor como de frambuesas sintéticas, estáticas.
la lluvia se lleva lo que la campiña había adherido a nuestros hombros,
un sol tierno cual amante de verano del 97.

ese sol es una bella utopía cara y brillante que no existe en suiza,
donde oro, tiempo y corazas son la fundación de hálitos
muertos y desolados.

allí es sencillo ser la masa voluptuosa, llena de tumulto
pero somos jóvenes
y respiramos fuerte con cada carcajada
y la vida se nos escapa
y no importa.
ginebra bajo la lluvia es lo más triste que he visto nunca:
llévame a la otra orilla

donde las banderolas orlan los empedrados
y nuestros ojos se cruzan en los atajos que encuentran entre la marabunta
curiosa de curiosidades.

ÁLEX CHICO
(PLASENCIA, 1980)

CAFFÈ INTERNAZIONALE

Miran los dos a la cámara.
Maria despliega varios dedos
y los apoya en la mesa.
Lleva el mismo delantal
con el que aparece en otras tantas
fotografías en blanco y negro.
Al mirarnos, demuestra que no sólo
pertenece al lugar.
Ella es, en realidad,
la personificación de ese lugar.
Auden también observa el objetivo.
Le acompaña un cigarrillo,
que esconde bajo la mesa.
Detrás, un puesto de fruta y varias marcas:
Cinzano spumanti, El dorado,
Motta, Giacca.

Se les ve felices en otra foto:
Luigi Coppa con una *signora americana*
innamorata del bar e di Forio;
Elena Ferrari, propietaria de un fabuloso
ristorante-dancing;
Stefania Lucenti al lado de un tal Jimmy Dobrodzek;

Margarete Bartenns, pintora berlinesa.

Nosotros, dirá Auden,
también habíamos conocido momentos dorados.
Ese puñado de miles, como escribirá
en su homenaje a Yeats,
evocará el día en donde hicieron
algo ligeramente excepcional.

Durante aquellos años, esa plaza de Forio
fue el centro del mundo.
Las sombrillas Ferrarelle albergaban otra isla.
Un espacio habitado por la luz
y por el ruido cercano de barcos
que regresaban por la tarde a Nápoles.

Esos mismos barcos en donde los viajeros
perdían su reloj al cruzar la pasarela.
Un aviso prematuro de que las horas
se detienen al llegar a esta isla del golfo.
Este es un espacio, leemos,
donde no hay sitio para el tiempo.

Muy cerca, en la pensión di Lusto,
Truman Capote ocupaba una habitación
con vistas al puerto.
La mesa sigue allí, frente a las dos camas.
Segue el palacio en donde se reunió
Visconti con su particular Gattopardo.

Siguen los vecinos y las calles empinadas.
El color blanquecino de las casas.
Los miradores capaces de acercarnos
el perfil de otras islas cercanas.
Sigue Jack Lemon bañándose en la playa,
al encuentro de esa mujer que conoció en *Avanti*.

Maria, mientras tanto,
no pierde su delantal,
aunque a su lado aparezca, de nuevo
en su flamante Cadillac,
ese misterioso americano.

Dentro del bar, fotografías y cuadros
cubren paredes y techo:
Elisabeth Taylor retratada de perfil,
con su atuendo de Cleopatra;
Alberto Moravia, al que un lienzo
divide en dos mitades;
Paul Rotha, que nunca olvida
su actitud de hombre de cine.
Y entre todas esas fotos, Maria
continúa posando con su delantal blanco.
Su rostro es como la isla,
igual de luminoso.

Hoy nos queda ese retrato de mujer satisfecha.
La cara de quien ha logrado ser universal

sin abandonar su propia frontera.

Otro tiempo encontrará otras vidas que vivir.

(De *Un lugar para nadie*, 2013)

SOBRE UN TEMA DE BLAS DE OTERO

Pregunto por la distancia
entre el libro y la vida
y accedo a la ventana para ver el mundo.
Una comarca indescifrable se abre paso
y me quedo a mitad de camino.
Establezco un pacto secreto con alguien
que asoma entre líneas.
No es más que un rostro oculto
a la espera de un nombre.

Se detiene el lenguaje
y descubre su función de siglos:
definir, en su justa medida,
las sombras que se deslizan
sobre una casa extranjera.
Pregunto por la distancia
y compruebo que no existe espacio
entre uno y otro punto.
Sólo una extraña manera de permanecer,
de fingir,

de estar atento.

Aparentar que somos uno
cuando, al observar por la ventana,
también mentimos.

PÁGINA

I

Dejemos hablar al lenguaje.
Que sea él quien ocupe una página
en blanco y la convierta, al final,
en un paisaje.

Se amontonan a los lejos unos troncos.
Su curvatura los trasforma
en una colina milenaria.
El refugio de los que allí se ocultaron,
su asombro al volver la mirada
y descubrir en el aire un signo
de miedo y esperanza.
Bajo la tierra, las raíces moldean
la fisonomía de la sed,
nuestro impulso de beber
aunque no haya manantiales.
Todo se dispone para encontrar
en el desorden un significado.

Una existencia de siglos mutada
en simple vestigio cuando no quede nadie.

También nosotros formamos parte
de la extraña mecánica que mueve el mundo.
Nuestra manera de avanzar y no detenernos,
sin que suceda nada en apariencia.
Como las ramas que al juntarse
fingen ser un solo árbol.

El límite del mundo, aquí,
no es más que un simple cauce.
La verja, colocada a continuación.
Los setos. El camino de piedras.
La valla metálica.
Los tubos plateados, en diagonal.
La circularidad de los cuadrados
al formar una frontera cotidiana.
La constante y enfermiza voluntad de separarnos,
de hacernos habitar mundos diferentes.

Como seres partidos.
Como dos mitades.

II

Se resume así un espacio imaginario:
la cascada de agua turbia que forman los tejados;

el perfil de una montaña que se alza al final de la calle;
las ventanas y sus mínimos balcones;
el reflejo del mar como línea de sombra;
el ruido articulado de una conversación;
las palabras que al pronunciarse
quedan sujetas a la madera de un portal;
la llamada que no se dirige a nosotros;
nuestra forma de apropiarnos de un diálogo ajeno.

Dejemos hablar al lenguaje.
Si ya no hay nada alrededor,
ni troncos, ni ramas,
ni raíces, ni vallas,
ni tejados, ni agua,
ni balcones,
ni conversaciones frente a un portal,
ni palabras prestadas,
que sea él quien nos explique
por qué vemos con tanta nitidez
el interior de una habitación cerrada.
Las páginas de un libro que alguien,
sin previo aviso,
escribió en nuestro nombre.

(De *Habitación en W*, 2014)

CONTRA LA LITERATURA

Extraña forma de vida. La de reunir en poco espacio las voces que te asaltan a cualquier hora del día. Mientras observas las paredes y descubres que es otro quien te habla. Extraña forma de vida la de traducir un universo en el territorio minúsculo de una página. Mezclar memoria común y memoria inventada. Dar vueltas sin motivo y girar hacia atrás, por si en uno de esos paseos consigues avanzar en línea recta. Como si un retroceso te hiciera cruzar una calle que dejaste a medio camino hace ahora quince, treinta años. Extraña forma de vida es dejar puntos negros que desplieguen algo de sombra en una superficie blanca. Abrir el cuerpo, las venas y tendones, los músculos que aún flotan en la sangre. Como esas gotas de sudor que petrifican la piel y se nos escapan para siempre de las manos.

Extraña forma de vida es no encontrar un punto de apoyo en la mirada. Solo percepciones vagas. Ideas vagas. Entrar en un laberinto como quien se desplaza hasta el jardín más próximo a su casa. ¿Cómo reproducir una fortaleza que en tu recuerdo se vuelve infranqueable y ahora no es más que una simple combinación de plástico y arena? ¿Cómo sembrar algo que pretende brotar a un lado de la carretera, persiguiendo a quien no logres ya acompañar durante el viaje? ¿Cómo construir una tierra debajo de otra tierra, un lugar oculto más salvaje e impuro, un barro sin forma que desde el subsuelo explica quién eres y por qué sigues viviendo? ¿Acaso puedes pesar lo que no tiene volumen, la lluvia que golpea el cristal frente al escritorio, el viento que hace tambalear las habitaciones? ¿Acaso, si observas, se vuelve líquida una estatua?

Por qué escribir, entonces. Por qué el lenguaje y por qué el recuerdo. Por qué un muro endeble si no te proporcionará el cobijo que necesitas. Por qué está ilusión de estar a salvo y protegido, si cuando regreses a la

habitación y pronuncies tu nombre sabrás que ya no queda nadie. Que estás solo. Que no hay respuesta alguna para quien se pregunta por qué motivo decidió encerrarse.

ALBERTO ESCALANTE VARONA
(CÁCERES, 1992)

EL MIEDO

Hoy es ya 13 de junio de 2016. Pasa la medianoche, y planeaba estar ahora dándole un último repaso al texto que originalmente tenía planeado publicar: una perorata historicista, un libelo híbrido de (supuesta) erudición y diatribas personales. Un doctorando que buscaba hacer ficción ensayística a partir de su tema de tesis. Apasionante.

No será así. Orlando ha sido el escenario, los amantes han sido la comparsa, el fanatismo ha sido el actor, el miedo ha sido el guion, el contraste ha sido el recurso, la libertad ha sido el tema. Esto no es una obra de teatro.

Ve a madres llorar, buscando desesperadas noticias por sus hijos silenciados. No quiero ponerme en su lugar, pero no me queda más remedio. La diferencia se ha pasado por alto ante el peso del amor. La elección, aprendizaje, naturaleza quedan como lo que son: nada más que fachada. Y un hijo se despide de su madre solo por mensajes de texto. “Mamá, te quiero. Voy a morir”. Ni siquiera tiene derecho a articular palabra. Sabe qué va a pasar. Lo ha sabido, lo ha temido desde hace mucho tiempo, mucho antes de que abriese la puerta. Me sorprende a mí mismo rezando para que todo sea un mal sueño, y que haya podido abrazarla de nuevo. No lo creo posible.

En Twitter un anónimo me ha acusado de favoritismo, de denunciar egoístamente las masacres occidentales pero olvidar el Sáhara, Palestina, el Líbano, Irak. No respondo. El odio no tiene miramientos, no conoce excusas, descrea de la fe y la patria, aúna culturas opuestas con

mayor poder y eficacia que otra fuerza humana de este mundo. El odio ahorca jóvenes en Irán, los arroja al vacío en Siria, los acribilla en América; los calcina en el pasado, los margina en el presente, los condena en el futuro. ¿Cómo voy a ignorarlo, si nos persigue?

Y también en Twitter leo a un político que ha condenado la matanza vomitando bilis contra el “heteropatriarcado”. Y yo, que odio el concepto por encima del hecho, la forma sobre la materia, protesto. No concibo tanta palabrería, tanta erudición sobre el sexo angelical para catalogar, etiquetar y teorizar profusamente lo que es simple desprecio. Y puro, seco, directo. Sin paliativos. Hablamos mucho, mientras otros disparan. Y veo a quienes se ofenden porque algunos no entendemos tal monserga. Resulta que hay modos correctos (qué digo correctos... ¡Únicos, inexcusables, absolutos!) de afrontar la marginalidad, y pasan por el rollo macabeo. Pues perdonen que no me una. Yo tengo los míos propios.

Y la prensa abusa de la etiqueta, simplifica el objetivo. Un solo colectivo, minoritario para más inri, ha sido esta vez el blanco del terror armado. No. No sean rastros, falsarios del cuarto “poder”. No compartan ahora la compasión sibilina de la mayoría “bienpensante”. Bastante conmiseración y condescendencia han marcado ya la historia de la tolerancia, como para darles más coba. Hoy la sangre inunda el suelo, y las lágrimas deben correr para que la rabia no nos paralice. Unos han sido sacrificados por ser “unos”; y todos, por tanto, por encima de nuestras diferencias hemos sido marcados.

Nos han arrebatado la caricatura, el deporte, la música, el viaje. Y hoy, el derecho a amar. Todo aquello que nos define, todo aquello que logramos con la rebelión, la revolución, el grito no tan silenciado de unos pocos que alentaron al dominó de las legiones que protestaban, y vencieron. Crecimos bajo una cruz promesa de igualdad humana,

y nosotros nos hemos tomado tal promesa en serio, librándola finalmente de todo dogma impuesto. Para permitirnos incluso ser libres de aplicarnos o no dogma alguno. Esa fue nuestra mayor conquista. De la que unos fanáticos nos quieren ahora despojar con la fuerza de su estupidez.

Dicen que cuando llevaban preso a Muñoz Seca, sabiendo este que su destino próximo era la ejecución, espetó a los soldados: “Podréis quitarme todo: dinero, trabajo, familia, amigos, libertad. Pero hay algo que jamás podréis arrebatar-me: ¡el miedo!” Leí esa anécdota cuando era niño. Nunca la he olvidado. A todos nos toca temer algo alguna vez: es curioso madurar, solo para darte cuenta de lo irresoluble e inevitable del miedo.

El miedo es libre, y carga con cadenas. Ese miedo que algunos me-apilas y paladines de la virtud consideran marca indeleble de la traba, prueba incuestionable de la anormalidad. Miedo es creerte nada más, nada menos, que raro, pecador, estorbo. Miedo es crecer notando cómo engorda una tara. No la cuestionas, porque nadie lo hace. No la suprimes, porque no sabes cómo. Aunque lo intentas. Buscas excusas, crees en lo efímero pasajero, inventas sustitutivos. Nada sirve. Finalmente, asumes la rareza. Nunca la aceptas. Miedo es la imposición de definir tu existencia corriente en términos de normalidad a rajatabla, que aun así has de potenciar de cara a los ciegos. Miedo es la aterradora certeza de una larga vida futura necesitada de justificaciones, de dar explicaciones a lo que no es más que una inocua elección. Miedo es ser marica, mujer, negro, retrasado; miedo es seguir una dirección en el gráfico de la política; miedo es “creer”, cuando el sistema impone el “ser”.

Miedo es la congoja de escribir al fin en voz alta, porque ya ha cesado el momento del silencio cómplice y asustado. Hoy ya no puedo seguir callado. No, cuando mis espantos se han confirmado, mis

fantasmas han vuelto a la carga, y mis murallas se han venido abajo. No, cuando las circunstancias me exigen una toma de posición. Nos la exigen a todos. Y ha de ser firme y decidida, y libre de toda condición. Y hemos de despertar de una puñetera vez, y convencernos de que no hay vuelta atrás. No me basta, no nos basta, con que hoy lloremos y seamos hermanos, cuando mañana otro niño, germen nefasto de la auténtica anormalidad, golpeará al “raro” en el patio del colegio porque su padre, madre, presidente, ídolo, dios así lo ordena. Cobarde hipocresía. Rechacemos la intolerancia, toda ella, también cobarde, escondida tras cualquier palabra, credo o acero. Aceptemos los requisitos y deberes del contrato de derechos que todos asumimos, pero no siempre aceptamos. Practiquemos al fin, y por completo, la teoría que nos define, porque es lo que el terror ha marcado como futura víctima. Porque hoy han mutilado a nuestra Libertad para el abrazo, la caricia y el beso. ¿Qué puede haber más digno que eso?

Hoy es ya 13 de junio de 2016, y aún estoy temblando.

NAT FERNÁNDEZ PULIDO
(RIOLOBOS, 1991)



I

Nunca me acuerdo de olvidarte.
Y ahí estás otra vez, colgado de
mis labios en forma de recuerdo con sabor a sexo dulce y sucio a la vez.
Y ahora qué.
Ahora cómo miro yo otros ojos sin ponerles tu mirada.
Que alguien me eche una mano,
pero al cuello.
Que yo no sé cómo coño se deja de querer.

II

Haría vida en tus sábanas sucias, después de ganarnos la guerra,
después de darnos por vencidos a favor del amor.
Me quedaría para siempre en el olor a sexo y sudor de tus ganas de más.
Ha vuelto a pasar.
Y volverá a hacerlo.
He creído sentirte, cuando solo soñaba.
Y me hubiera gustado ser sonámbula, fingirte real para huir
hasta tu cama, entregarme a tu cuerpo y solo después, despertar.

Qué importa que tu espalda me de la cara,
si puedo abrazarte por detrás y atrapar tus miedos.
Yo no sé de medias tintas,
pero sí de cómo bajármelas para sentir el tacto de tus manos.
Que si no es por tus manos, no sé por dónde empiezo
pero si dónde acabo.
En ti.
Todo empieza y termina en ti.
Me gusta llenarte el cuerpo de besos, estimar cuántos caben
en tu pecho.
Manchar las sábanas de sexo, y ensuciar la inocencia del que
la pierde para ganar.

Me he cansado de mí.
De darte vueltas como un pájaro revoloteando en tu conciencia,
y ni siquiera me has mirado.
Ante ti no hay antídoto que valga.
Eres como un maldito virus que se expande y corroe.
A ver quién coño te saca de aquí.
De mí.
De este corazón antes baldío, que ahora se esfuerza por latir.
No puedo controlarme, cuando sé que eres el principio y tras ti,
el caos se desata y me desabrocha el sujetador.
No hay quien me contenga cuando me lames y haces que llueva
en mitad de mi ombligo.
Sí,
ya sé,
perdón por mi impaciencia, por la gula con la que te piden mis manos.
Que quizás no sea sano sentir tanto,

pero dime tú a mí cómo lo evito,
si me gimes al oído y se me desborda la vida. Si el orgasmo nos tiñe de
rojo la boca cuando nos embestimos en sentido contrario, como
dos piedras haciendo saltar la chispa que provoca el incendio.

Ahora que ya no estás,
todo se ha vuelto invierno,
y dicen que el frío quema.
Pero yo,
yo sin ti no ardo.

III

Te quiero libre.
Dijiste justo antes de apretar el gatillo.
Me has dejado con vida, idiota.
Deberías aprender a apuntar tan bien como lo hacen tus mentiras.
Pero mira tú por donde, hay tanta sangre como ganas. Y todas están
de mi parte.
Y yo, joder, yo te miro a ti y me siento feliz.
El día que me muera, que me entierren a tu vera.
Que el oído se te llene de las notas de nuestra canción favorita,
y el estómago vuelque toda tu vida sobre la mesa.
Baila, baila sobre mi tumba.
Ya sabes, más se perdió en nuestra guerra.
Y al menos uno de los dos sigue cantando.

FRANCISCO FUENTES
(PLASENCIA, 1985)

[VIMEO.COM/162010053]

[...]

No comprendo cómo manejamos tan bien la velocidad de este planeta. Siempre buscando algo que nos mantenga en vilo. Algo real. Y sin embargo podría nombrar al menos diez cosas que una vez me sucedieron y que nunca más después de hoy volveré a recordar. Entonces, ¿qué es real? Compramos coches por cientos, vivimos desaforados, y en todas las ciudades se hace de noche con el mismo sol. Manejo mal el vacío que se nos queda. Pero, sobre todo, no soporto las copas llenas hasta el borde porque me recuerdan a mí mismo. Podría volver otras tantas veces pero prefiero descubrirme a reencontrarme. Me pregunto si ella sería capaz de identificar mi cráneo entre docenas. No voy a mover montañas, ya lo sé, pero siempre llevo un par de piedras en los bolsillos para cambiarlas de lugar. Si consiguiera que todos me siguierais acabaríamos por mover esa colina, pero ese sería mi sueño y no el vuestro. A veces pienso en los autobuses urbanos y recuerdo las luces del tráfico y los escaparates y los letreros que me decían ey, aún estás a tiempo. [...] Podría usar cada una de vuestras murallas para mantenernos dentro. Pensad conmigo ¿Por qué iba a querer vuestra ciudad si puedo reteneros allí y tener el resto del planeta? Bienvenidos al mundo libre. Uno a uno. Lo hicieron con vuestros corazones.

[...]

Ella continúa diciendo que volar es algo relativo. Que volar es caer con estilo. Cose una bolsita con piedras al ala de su pájaro y le da un beso. Siempre es despacio para los muertos.

Marca una línea en el barro con sus botas de plástico impermeables:

–He visto desmontar una montaña para construir una autovía – dice mientras se agacha y vacía su botella en el surco que acaba de hacer–. Somos seres tumbados, ¿no lo ves? Una capa de todos nosotros. Otra con todos nuestros hijos.

[...]

HAY UNA GUERRA EN LAS AFUERAS

[...]

somos los seres del no los seres del ten cuidado de no cambies nada por si acaso de no te vuelques todo a una sola carta mide tus fuerzas somos los seres del miedo infinito los padres de los sueños realizables

[...]

los niños apretados en los asientos del autobús dando vueltas de campana

[...]

no hace falta que sea una esfera todo rueda si le aplicas la fuerza necesaria

(De *Rocky Tokio Gang Bang*, 2014)

Derrite la nieve
Horia Colibassanu con la boca, me da de beber, pero aún no
veis, no, especialmente nuestras casas, erraron la escala todos los
recipientes
que inventamos, fabricad un cuenco que me pueda llevar cuando muera.
[Pero ya lo tienes, cariño, eres tú.]
¿Pasa la vida por delante en el último suspiro de las aves? ¿Y de los
niños? ¿Y de los ciegos?
De los cuerpos delgadísimos marca los bordes con hilo,
átalo a tus párpados y corre
hasta que vuelen, o les duela,
igual que este continente, no estoy en pie, es la velocidad
sosteniéndome, mientras el cielo tan morado de la sangre que fracturáis
con mimo, no sea la vuestra, constantemente a lomos de un muerto
y el ansia de todos a la vez por un tragaluz, sí,
cuando apenas cupimos en nuestros sueños.
Tampoco la arena pudimos construirla. La hicimos a golpes.
Como un caracol por la piedra. Arrastra tu lengua. Abre una vía.

CARLOS GARCÍA MERA
(GUADALAJARA, 1992)

AKASHÁ

Tú habitarás la casa ahora.
Todo lo que un día aquí se hizo presente será tuyo.
¿Ves aquella puerta?
Ábrela.
Dime si no encuentras en esta habitación
algún atisbo de lo que fuimos,
de lo que serás...
Ven, pasa por aquí.
¿Recuerdas cómo se nos escapó el verano
en mitad de una tormenta,
cómo el agua golpeaba los cristales?
Aún puedo oírnos reír en torno al vino
sentados en los sillones de la galería.
¡Qué juventud la vuestra!
Ahora se acerca la noche,
viene transparente y oscura.
Apaga las velas por última vez
y déjame aquí,
tumbado en mi butaca
quiero ver las estrellas.

(De *Aire por Aire. A Santiago Castelo*; VV. AA., 2015)

I

Desde este lado del jardín los pájaros
beben la fruta de la tierra,
son portadores de un secreto. Ellos,
que todo lo ven,
todo lo cantan.

II

Que el sol desnude el campo,
su multitud de lilos
y de hormigas. Que esa luz
en el cristal del agua
–beber aquí es nacer de nuevo–
rompa en verdes, nos bautice.
Quien lo siente así en el alma
es celebración de vida.

III

¿Cómo iba a saber Marco
Vipsanio Agripa, cuando
paseaba en esta misma
tarde, con dos mil años
de por medio, detrás
de la *scena*, que tú

serías la luz más
honda del peristilo?

IV

Así sea: que el cielo se quede tembloroso en una
nube cárdena, que los dioses,
amén de repetirse, concedan a mi suerte
tan dulce compañía y que por muchos años
Egeria te proteja. Pronto quizá las flores
abran quietas su semilla,
muestren sin pudor los pétalos del tiempo
o se guarden por siempre en la matriz del ámbar.

ALBERTO GUIRAO
(MADRID, 1989)

EL ÁRBOL SOLO ES EL NIÑO EN LLAMAS

La cualidad del secreto:
el silencio de un árbol mojado
que rehúsa librar las rodillas.
Hay tanto pasado en él,
tantas palabras que trepan con ínfulas de termitas.
El secreto requiere a desconocidos que beban de él medianoche,
dejar de ser promesa impronunciada,
dejar la sed y ser en la memoria.
El árbol crecido en patio sabe el modo de escapar,
sea a su savia, sea al silencio, sea a su sueño:
consiste en amputar generosamente a tiempo
las partes del idioma que devoran las hojas,
como el niño que arde en un bosque desnudo
antes de que alguien acuda demasiado tarde,
antes de que

NO HAY DIOS QUE LO RECUERDE

*Todos aquellos slogans que a fuerza de verlos y escucharlos
los hemos incorporado a nuestro vocabulario
particular como una frase más*

(Lista creada por Favorito, 20 minutos.es)

La asociación de basureros advierte que escalar en bicicleta tu nostalgia hará que se te salga el tabaco del bolsillo.

Nueve de cada diez flashbacks reavivan la escena a las afueras.

Si no conduces mal, ¿te gusta fabular?

Bienvenida al colegio mayor de tu pasado:

sé leche, mi amiga, derramada, sé salsa macrobiótica llenando las piscinas, sé hierba, mi amiga, purificando los libros con retraso. Sé confiada, Boccanera no engaña.

No es que el lugar no haya existido, es que no hay Dios que lo recuerde. ¿Te habrán robado ya el tabaco? ¿Habrán fumado ya el tabaco? ¿Habrán hecho con el tabaco ya otras cosas?

Compartido, el sexo es más:

fueron pelvis que son ruinas, fueron vientres que son ruinas, fueron ruinas que son ruinas... hay cosas que el tiempo no puede cambiar.

¿Habrán barrido ya el tabaco? ¿Habrán una chispa de tabaco aún prendida? ¿Habrán buscado y comparado y lo devuelven?

La hermandad de vicedecanos conectando gente vía mail:

“Queridas Antiguas Alumnas, queridos Antiguos Alumnos: ahora que tenéis hijos, que imposible es nada, que trabajáis en la ONU, que os

recordáis mutuamente con aprensión y ternura...”

... Ahora que te han dejado sola frente al vigilante-fantasma del campus-fantasma...

-¿Qué se le ha perdido aquí?

-Yo estoy amando esto, pero no ha venido nadie.

-Negativo. Proceda. Callar mata.

-Un paquete de tabaco.

Habrán quemado ya el tabaco. Habrán perdido ya el tabaco. Habrá caído, otra vez, sobre el asfalto.

NO HAY LUGAR QUE TENGA QUE SER SIEMPRE

Asumes: Viviría en todas las ciudades. Eso has dicho.

Comprendo que ya has vivido en todas.

Hundes la cabeza entre las sábanas. ¿Qué ciudad hay allí?

No hay lugar que tenga que ser siempre. Eso has dicho.

No obstante: refractarse, adherirse, derramarse.

Reniegas del ahora eterno de postal.

Sobre una placa, en la región del trigo, vas a cruzarme el nombre con una línea roja.

Premeditas asaltar la periferia, no girarte, no asentir la gravedad del casco histórico.

Siempre somos buenos. Enmudece. Corre como nunca. No respondas.

Podríamos vivir en todas las ciudades. Okupar la ciudad desencantada.

(De *Los días mejor pensados*, 2016)

GENÉTICA DE LA DISTANCIA

-La gente me pregunta por las calles: ¿Ya has conocido a tu hermanito?

-Suspira un amigo portugués en la entrada del aeropuerto. Un carillón de letras le responde: la misma A llevan Madrid, Cabul, Kampala, Washington.

>> Visitaba a mis abuelos. El pueblo, en Cabo Verde, es de casas blancas. Jugábamos al fútbol, me decían: ¿Conoces ya a tu hermano? Pensaba que querían arruinar mi progreso por la banda.

>> Levanto el polvo de la isla y mis abuelos, más mulatos, bromean desde el porche: Por allí viene la harina del pastel. A la tarde el dulce se me atragantaba. Las palmas de mi abuelo en la espalda: Estás en la mejor democracia de África. Asiento, cojo su mano. En la taberna la fiebre desliza el beso de mi abuela a los ombligos, aúpan a las niñas, abren latas... ¿Se lo cruzó ya el muchacho? Deberíais presentarles. Mi abuelo se reía.

>> Yo odiaba a mi padre al terminar el verano. Él, mi padre, limó mi encierro con los dedos: No puedes ir por el mundo creyéndotelo todo. Mi madre tomaba algo con el zumo, a las doce, silenciosa, todos los fines de semana. En julio, ella, mi madre, se decidió: Si no quieres, no vayas. Le aparté el cabello húmedo de la frente, encontré el pasaporte al fondo de su cómoda.

>> Aún me preguntan por las calles si ya he conocido a mi hermanito. (Se prepara a confesar con prisas mi amigo portugués. Último aviso para Madrid, Cabul, Kampala, Washington).

>> Hace dos semanas me sentaron ante un Oporto y una prueba clínica. Mis padres se han divorciado, evitan así posibles conflictos de herencia. Me proponen un viaje a los Estados Unidos para conocer a un aeronáutico que antes de ingeniero fue defensa del equipo contrario. La próxima vez, quizás. Ahora es tarde.

Se detiene. Me entrega mi equipaje de mano, se aleja entre campanas.
Madrid, Cabul, Kampala, Washington. Me pregunto si como los rizos,
la frente, las orejas... la saudade también será genética.

LUIS LEAL
(ÉVORA, 1980)

CINCO COMPOSIÇÕES DO PROJETO INÉDITO
“SÉRIE B”, POEMAS COM CINEMA

1- AS ESTAÇÕES SEGUNDO WONG-KARWAI

I

a primavera da vida traz a ilusão certa
que o tempo vencer-se-á com técnica e subtileza.
pratica-se a ociosidade da vaidade
de em nós existir uma qualquer certeza.

II

o verão da vida seca-nos o céu da boca.
resplandece-nos a pele e no firmamento de agosto
acreditamos que as constelações são pontos
unidos numa alinação a nosso favor.

III

o outono da vida cai-nos do alto dos astros.
avassalamos a nossos pés folhas, rascunhos,
papéis escritos de métrica tétrica e com a ironia
hesitante de ver como nos encurtamos com os dias.

IV

o inverno da vida neva sobre a natureza da obra
da tua mão. cobre a pele das articulações,
cãibras, espasmos, músculos, êxtase de deformações
na geada branca, esse manto enrugado do que não perdura.

2- OS FILHOS DA MARÉ

À “Maria do Mar”, à Nazaré de Leitão de Barros

A pulso, os filhos pródigos da maré
arrastam as redes regressadas do mar.
Na areia branca professam a fé
que ao seu ascendente Atlântico,

sem lábia nem astrolábio, poderão retornar.
Com os nós, a sal gretados, dos dedos
amarram à terra os nossos medos
de a nós não voltarem vivos,

da onda gigante ou do abismo
onde nenhuma rede nos resgatará.
Mas antes a fome que o degredo forçado

de um Deus dará ao qual não rezas!
A faina é gloriosa, alheia à espada ou bainha. Certezas?
Mata-se a fome com um pouco de pão e uma sardinha.

3- TABACARIA

Court Street, Brooklyn

Agosto, 1990

O dono sai da porta da tabacaria.
Dia após dia, fotografa o mesmo ângulo,
à mesma hora congela o mistério de viver
numa aresta urbana de tempo em esquadria,
numa arquitectura cruzada constantemente
por alguns fantasmas e também por gente.

O novelista, viúvo trágico duma vida fotografada,
acende uma cigarrilha holandesa
descrevendo-a passa a passa.
Saboreia nos fios de tabaco o peso
de um fumo livre de especulações.

O adolescente com uma identidade
para cada um que conhece
e o homem com vestígios do passado
ardido na base do cinzeiro
em cima de uma bomba de gasolina.

A mulher entra na tabacaria.
Ah, conheço-a: é a Ruby McNutt já sem brilho.
Dezoito anos depois, anuncia
uma paternidade incerta.

(O dono da Tabacaria e o prognóstico abortivo
de família desfeita antes sequer de se fecundar o óvulo.)

A metafísica casual de uma qualquer personagem
pode ser uma grande mentira ao virar da esquina,
uma carteira perdida com uma nota a lápis redigida,
ou, se escrevemos a história tal qual nos foi contada,
porventura em Dezembro tenhamos material
para um magnífico conto de Natal.

4- O CLUBE DA PORRADA

*- I don't know my dad. I mean, I know him, but... he left when I was like six
years old. Married this other woman, had some other kids. He like did this
every six years, he goes to a new city and starts a new family.
- Fucker's setting up franchises.*

Sem instruções, só e de série,
a mobília lascada, deformada pela violência
é transportada de loja em loja
quase a sentir-se completa
numa montra em execução
duma geração de homens educados
em exclusivo por mulheres.
A versátil solução para a vida moderna
é um caralho venoso metido
num *frame* ternurento numa animação Disney.
Agachas-te para apanhares um sabonete feito à tua medida,

a de um macaco espacial numa odisseia lipoaspirada
com destino à gordura que te vendem como desgraça.

Esta é a nossa vida e não melhorará mais do que isto.
Um dia está-se a urinar bem na sopa do Pressman Hotel,
no outro está-se a mijar sangue
com o baço todo fodido.

Mas já que estamos aqui:

Eu quero que me ataques com toda a força que tens.

I don't wanna die without any scars!

5- BACK TO THE FUTURE

Vou reservar a minha primeira viagem sem saudade,
apenas de bagagem de mão com os centímetros no limite
e consciente do serviço de catering a bordo ausente.

A Ryanair comprou uma frota de DeLorean DMC-12
em 2ª mão e está competir com bons preços
no negócio das viagens no tempo lowcost.

Tem umas linhas diretas ao passado bastante acessíveis para a ida.
Por exemplo, fazer turismo na Idade Média até fica barato,
não há taxas de aeroporto nem reservas de assento.

O problema é a volta. Voltar ao presente
sai-nos sempre mais caro do que viajar ao passado.
Doc, quanto me ficará uma simulação ao futuro?

PATRICIA LUNA
(CÁCERES, 1988)

I

Desnudar vuestra poesía,
forzarla a ser mía.
Violar la métrica
de vuestros versos,
y esclavizar su tempo.

Así como vosotros
hacéis esclavos a los hombres
yo haré mía la poesía.

II

TE BESO Y ME VOY

Me dices con voz
dogmática que la poesía
ha de remover conciencias.

Y yo, que la perdí allá por diciembre
te beso los labios y sonrío
esperando desviar tu inteligencia.

Y cierro los ojos,
y veo seis mil cuerpos vagantes
en un mar. A la espera de entrar
en el infierno. En busca de la vida
que no perdieron en el océano.

Y yo, que perdí la vergüenza
allá por enero, me enfado.
Y grito “cabrones” a los ministerios.

Y ahora, que se acerca un veintiséis de junio.
Y que gastamos ese dinero
que la educación requiere
y la sanidad suplica
en carteles de colores que nos apartan
los ojos de las mentiras de un programa
electoral
para que no tomemos represalias
después de cuatro años
de victoria y dinero en sus bolsillos.

Ahora,
yo,
me enfado.

Y una voz radiofónica me cuenta
que ha muerto el rey del blues.
Y me enfado. Porque su
“Rock me Baby” (que adoro)

no me resuena a nada
cuando miro las caras de esos seis mil cuerpos
abandonados.
Y aparece una foto, de un niño
en Siria:
su cabeza, no mide más que mi dedo.
Y me enfado.

Y te he escrito un poema,
que no hace tomar conciencia.
Y ni siquiera grita cuando me enfado,
así que mejor recojo mis cosas
y me voy.

III

*Como perro
que sabe*

*que lo que fuera amor
no entiende de olvido.*

Ada SALAS

Ahí estás, de nuevo tú.
Con tu abrigo manido
de hace doscientos años.
Con esa sonrisa

que ya ha librado más batallas
que primaveras podrás
algún día cumplir.
Tu barba de diez días
–sin mí–.
Tu pelo mal cortado
por mis manos perezosas
hace solo unos meses.
Tu cigarro en la mano
y un montón de besos para darme
que nunca adivinaré a qué saben.
Tu postura erguida,
siempre a la defensiva,
como si fuera a quitarte la vida
en cada inhalación.
Como si yo fuera el veneno,
y no la cura.

Me agarro a tu risa
como me agarro a la vida
sabiendo que un clavo ardiendo
quema las manos
pero que el fuego es lo único
capaz de iluminar mi oscuridad.

DAVID MATÍAS
(GALISTEO, 1986)



LAS HURDES IMAGINARIAS

Claudio, campesino y carbonero, era el cabeza de aquella familia de Las Mestas. Cada verano, regresaba a Castilla para trabajar en la siega. Lo acompañaban sus hijos mayores. Con el dinero que ganaban (y con sus propias manos, con la sola ayuda de un albañil) construyeron una casa nueva. A Claudio le gustaba llevar sombrero (quizá Ruth Matilda Anderson se hubiera fijado en que también vestía bufanda o pañuelo al cuello). A su derecha, su hijo Florencio en hábito de fraile. Más tarde, abandonaría aquel convento de Bilbao para casarse. Don Félix, el cura de Las Mestas, natural de La Alberca, lo había enviado allí para que estudiase. Como a tantos otros niños del pueblo: algunos llegaron a ordenarse sacerdotes y no pocas niñas fueron internadas en conventos de monjas. Y a la derecha de Florencio, su madre, Claudia. Siempre vestida de negro (quizá de luto por su madre o por alguno de los hijos que se le murieron aún pequeños). Como en un segundo plano, detrás de Félix, el benjamín, que, como era habitual por su edad, llevaba la cabeza rapada. No tardaría en marcharse a estudiar a un colegio de Zalla, también en Bilbao. Al otro lado, Piedad, peinada a la moda y con un abrigo largo que, a todas luces, alguien le había comprado fuera de la comarca. Por aquellas fechas, servía en una casa de Valladolid o en

otra de Aldeanueva del Camino, en el Valle del Ambroz, a no muchos kilómetros de Las Hurdes. Y, en primer plano, con una rodilla hincada en el suelo, Jesús, que llevaba la gorra para atrás, como bromeando, y Marcelino, más serio. A los dieciocho años, este último había contraído la meningitis. Su madre caminó hasta la Peña de Francia para rogarle a la virgen que no se muriera. Marcelino sobrevivió, pero se quedó sordo. Los dos hermanos terminarían emigrando también a Bilbao, pero ya no para estudiar, sino para trabajar en la industria del metal. Dejarían atrás Las Hurdes: no volverían a hacer carbón o a segar a cambio de un jornal. Comenzaba la segunda mitad del siglo XX. Aquella semana santa, a la entrada o la salida de misa, alguien les tomó aquel retrato de familia junto a la antigua casa parroquial. Florencio se la llevaría de recuerdo. La cámara era suya. Solo faltaban la hija mayor, Teresa, que a los dieciséis años había ingresado en un colegio de Villava (Pamplona), y la menor, María, que a los quince se había ido a vivir con las tías de Madrid.

Aún existe otra fotografía, tomada en una fecha cercana a la de la imagen que encabeza este epígrafe pero en una estación distinta. En ella, Piedad y su hermano Jesús posan ante la puerta de una de las casas baratas de El Teso. Querían que su escenario fuera la parte nueva del pueblo. Piedad tenía entonces dieciocho o veinte años. Llevaba un vestido alegre y ambos sonreían. Algunos veranos más tarde, se casaría con Cirilo, uno de los hijos del tío Picho. Y, con el tiempo, la primera hija de ambos mandaría a estudiar a su hijo pequeño a la Universidad de Extremadura. Él, yo, es el autor de estas líneas y de la tesis doctoral sobre la imagen de Las Hurdes de la que están extraídas. En aquella segunda foto, reservada esta vez solo a Jesús y Piedad, tampoco aparecía su hermana María, la madre de Julián Rodríguez. Marcelino es el tío sordo con el que empieza su libro *Unas vacaciones baratas en la miseria*

de los demás y en quien se basa el personaje del Sordo que protagoniza “Cavar”, una de las tres novelas cortas que conforman *La sombra y la penumbra*. Julián también se inspiró en su tía Piedad para otra de sus ficciones *Antecedentes*: “Pietà”.

NICOLÁS PAZ
(BILBAO, 1980)

O LA ESCRITURA O EL ESCRITOR

Leopoldo entró en el *O'Hara's* con un libro roído y medio enrollado en el bolsillo de atrás del vaquero y la certeza de saber que aquel no era su lugar. No era capaz de entender por qué debía parecer escritor para escribir. Envidiaba la imagen sofisticada y bohemia de los presentes pero con la misma distancia que un antropólogo en mitad de una tribu. Quería encajar, o eso se decía una y otra vez cuando bajaba las escalinatas de la taberna, pero quizás no, tal vez la única verdad era que él quería escribir sin ser escritor. Seguramente aquello no tenía demasiado sentido para cualquiera que no fuera él mismo pero Leopoldo Alcalde Benítez quería escribir y desaparecer; ganar dinero con el oficio de juntar palabras como lo había hecho su padre cuando hacía gavias, deshacía terrones o apuntalaba muros y medianeras. Para él se trataba simplemente de eso, de un oficio, el suyo, que se hacía a base de leer, pensar, observar, escribir y corregir.

Leopoldo no quería ser escritor y quería no serlo a pesar de escribir. Quizás fue precisamente por eso que llegamos a conocernos. En aquel entonces yo trabajaba en un almacén agrícola como encargado del turno de mañana en la sección de cargas y descargas. Leopoldo vino a preguntarme si podía trabajar allí con nosotros. Tan sólo debíamos dejarle estar y tomar notas. No quería un sueldo ni un puesto, tan sólo una posición, un avistamiento privilegiado entre nosotros, como un halcón en un risco o un pescador de mosca. Decía que prefería escribir allí,

entre personas como él. Me propuso que si le dejaba pasar cada turno con nosotros, apenas molestaría y, a cambio, escribiría una historia que llevara la marca de nuestros melocotones por todo el país. La verdad es que me pareció una locura pero tampoco había nada que perder por tenerlo por allí. Se lo dije al jefe y accedió después de varios intentos de convencer a Leopoldo de que mejor haría en irse a su casa. No lo logró así que le hizo firmar un documento eximiendo a la empresa de toda responsabilidad sobre su presencia, y le dejó estar. La mayoría de los compañeros seguramente al principio pensaba que se trataba de un periodista y que aquello acabaría por hacerles famosos. Así que no era raro verles esforzarse más o venir más aseados al trabajo. Fue muy curioso ver esa evolución, aunque les duró poco. En los descansos, junto al bocadillo y la cerveza, Leopoldo inventaba historias para todos que después nosotros mismos repetíamos una y otra vez a nuestras mujeres, hijos, amigos o conocidos. Y lo hacíamos porque sus historias eran buenas pero además porque en ellas los protagonistas éramos nosotros, un grupo de hombres en un almacén de frutas, hombres que nunca habíamos sido protagonistas de nada más que si acaso nuestras propias vidas. Fueron buenos tiempos. Hasta Don Leandro, el jefe y dueño del almacén estaba encantado. La gente trabajaba más y mejor y todo el mundo estaba más contento desde que Leopoldo se había instalado entre nosotros con sus historias y sus cuadernos de notas.

Nos dejó el último día de campaña del año 72. Lo recuerdo porque fue la mejor de todas las campañas. Regresó seis meses después con un libro entre las manos. Le dió un ejemplar a Don Leandro y otro a mí con la promesa de que lo leyera a los compañeros en los descansos. En aquellas páginas estaba Fermín el Colorado, Agapito el Guapo, Antonio el Melenas, Don Leandro o yo mismo con nuestras miserias convertidas en grandezas gracias a Leopoldo y cientos de historias de

melocotones monrubenses. En la solapa de la encuadernación, en cambio, aparecía otro nombre y otra foto que no era la suya. Era un nombre inglés o algo así, Leo O´Haras creo recordar y aparecía la foto de un escritor de gorra escocesa, americana amarilla de pana, bigote de ciudad y pañuelo anudado al cuello. Yo creo que debió vender muchos libros porque aquella foto parecía la de un hombre importante y al almacén empezaron a llegar pedidos de sitios de los que nunca habíamos oído hablar. Cuando Leopoldo dejó el almacén entró a trabajar en una imprenta en la capital. Según me contaron no cobraba, pero accedieron a imprimir la primera edición de aquel libro sin coste alguno. Y tenía amigos en los mercadillos, en los comercios e incluso en alguna librería. Nadie le conocía cuando su libro empezó a viajar por todos lados y una editorial americana le compró los derechos. Quizás incluso nunca se llamó Leopoldo. A mi no me parecía un escritor, para ser honestos. No sé, nunca le escuché hablar con palabras pomposas ni nombrar a otros escritores o libros conocidos. Es verdad que quizás tampoco los hubiera reconocido porque además de su libro y de los que nos obligaban en la escuela tampoco es que haya leído mucho. Sí recuerdo que decía aquello de que su trabajo consistía en escribir contra el escritor. Nunca entendimos a qué se refería exactamente. ¡¿O la escritura o el escritor?! solía gritar antes de empezar sus historias. Y nosotros debíamos responderle con un grito unánime: ¡la escritura! Sólo entonces comenzaban sus historias, mientras nosotros las devorábamos entusiasmados al ritmo de dos bocados y un trago.

VÍCTOR PEÑA DACOSTA
(PLASENCIA, 1985)

UN CIERTO FUGITIVO
(*featuring* Álvaro Valverde)

No me asusta morir, pero me da aún pereza
(no pretendo con ello confesarme sin fuerzas:
mi apatía, lo admito, fue siempre una pose).
Aún paso de no ser, pero aún con vida
subo a la montaña y suelto mi piedra.

Paso de cuidarme tanto como de matarme
o rebelarme contra la sociedad burguesa.
Trabajo por dinero, pago mis impuestos,
consumo lo que puedo, reviso mis cuentas.

Aprendí del tiempo los años
y de los minutos, la espera.
Aprendí con los imbéciles sonrisas
y con los tontos, paciencia.
Con la familia, vino.
Con las mujeres, poesía,
música, cine, arte... lo que fuera.

Aprendí, de la noche, el olvido
y de las mañanas, la alarma.

(Estuve, lo admito, a punto de matarme
un par de veces, no se lo digan a mis padres,
en la carretera).

Con el tiempo aprendí a escaquearme
de compromisos infumables,
a dejarme el alma solo en un campo de fútbol
y a imaginar el futuro con autocomplacencia.
Pero, ante todo, aprendí a no quejarme
pasara lo que pasase.

Consentí en destrozarme lentamente,
como si en realidad no me atreviera.
Aprendí a hacerme el solidario
sin remover la conciencia
y asimilé, qué remedio, los surcos
del entrecejo y la leve
pero constante barriguita
cervecera.

Y seguí envejeciendo con paso lento
pero inseguro, traicionando amigos
y valores, dejando pasar el tiempo, estampando
relojes de arena en cómodos plazos,
haciéndome un impresentable
presente de mierda y comprando
todas las cosas que se compran
para sobrellevar estos casos.

En el fondo, yo nunca he sido el que era.
Si acaso el que iba a ser
y se perdió por el camino.
Uno de tantos hombres que buscan su destino
en el lado frío de la almohada
para encontrar solo arrugas e hilos.
En resumidas cuentas,
no soy ya apenas nada,
como tal vez nunca lo fuera.
Yo sigo siendo el mismo. *Cerveza
como
aquella del pasado a
la que rindo cuentas mientras giran
las aspas del recuerdo, casi inmóviles.*

(De *La huida hacia delante*, 2014)

SELFIE

*Sigo contigo.
Porque te quiero mucho.
Cualquier otro argumento
sería maquinación.*

Marta SANZ

Un hombre corriente que posa
la vida, simula la foto y congela
su sonrisa enfrentando el negativo

de la cámara y vuestras miradas.
Como un mártir aguarda el relámpago
aislado frente a una multitud inhóspita.
Sabiéndose perdido de antemano.
Autorretrato del héroe contemporáneo
hundiéndose en estos tiempos de mierda.
Pero no está solo: le acompaña
y casi parece protegerle desde abajo
una mujer de sonrisa menos forzada,
resiliente de la luz y las sombras.
Por suerte el picado deja ver su escote.
Al fondo, un amanecer rojizo,
que si no es apocalíptico lo parece,
despliega nubes amenazadoras
sobre un sol agonizante que bosteza.
Se equivocaba Lennon, se equivocaba
o, al menos, se pasó de listo:
la vida es, simplemente, aquello que pasa.

(De *Diario de un puereto recién casado*, 2016)

EL PASO DE LAS OLAS (*featuring* Álvaro de Campos)

A veces me conformaría con sentir algo
de cualquier manera. Sentir, por ejemplo,
que vivo un poco en algún lado,
que soy la misma cosa de otro modo.

O yo qué sé.

Me valdría realizar aunque sea
mínimos gestos de esforzado
humanismo de andar por casa.
No pido tanto.

Pero ya no me simpatiza nadie
y cometería todos los crímenes
por sumergirme en mi propio vicio.

Y me cuelo en todos los *selfies*
y me echan de todas las ciudades.

Mi paquete palpita como un corazón postizo.
*No sé si siento de más o de menos, no sé
si la vida es poco o demasiado para mí.*

FERNANDO PÉREZ FERNÁNDEZ
(CÁCERES, 1984)

FEAR IS SO US

There we go, fear!
perfidiously growing
into a habit called us
as rhythm blames pain,
and harmony, Heaven,
and melody, limbs

but not anymore

contextual, like dirt,
fans out all self-
answered questions

fear is candy!

fear is the president dancing under your bed
with our favorite lie
a window that opens to itself
and sand that isn't sand

she says: I'm your second
mother tongue!

y'all dats a nice way to put it!
Meanwhile, the concept of "some-times..."
used to be my maiden name and now is my surname
how do you feel about that?

it is ringing, but we are in outer space
and anyways, phone wasn't invented yet

the wooden leg of fear has the shape of a flute
it makes us cry when played and then we help her,
she lives in the hallway but then dies at the table
and likes to be around 'cause she's completely lost.

EL MIEDO ES ALGO MUY NUESTRO

El miedo sobreviene
creciendo con nosotros al decirlo, nosotros.
Crece a nuestro lado y hacia dentro,
es una costumbre

descuajaringada, como el ritmo
culpa al daño,
la calma le reprocha a la armonía,
la música a los miembros

sin embargo ya no

el miedo es algo sucio,
sacado de contexto,
avienta las preguntas
retóricas.

El miedo son los dulces
es el presidente bailando bajo nuestra cama
con la mentira perfecta

es una ventana que se abre
hacia el interior de otra ventana

el miedo
fue tu segunda lengua materna
fue tu concepto de “a veces...”
ahora es mi nombre y será tu apellido,
¿qué te parece, mi amor?

el miedo, que resuena como un timbre,
aunque nos encontremos
fuera de la atmósfera terrestre
y aún no se haya inventado el teléfono.

La pata de madera del miedo
tiene forma de flauta,
pero no le estorba para perseguirnos,
se ha acostumbrado a nosotros.
Vive en el pasillo y se duerme a la mesa

y hace mucho rato que anda por ahí,
totalmente perdido.

(Versión revisada de la traducción que aparece en
Cargas familiares, 2015)

LET´S LOVE ME LIKE YOU DON´T

Let's glue our shards together
in the new vase of me
in hopes that it will sell like an expensive one

QUERÁMONOS A MÍ

Peguemos nuestros trozos
en el jarrón de mí
para que se venda cuanto antes.

URBANO PÉREZ SÁNCHEZ
(HERVÁS, 1981)

EL NEURÓTICO Y LOS ANIMALES

(13/03/2013)

Los últimos días me he acordado de Mario Levrero, mientras traducía algunos pasajes de *Bestias*, el breve y singular conjunto de prosas de Federigo Tozzi. Para ser más preciso: el Tozzi de la primera época me ha hecho pensar en el último Levrero.

Al principio me pareció extraña, pero me he ido convenciendo de que dicha asociación iba más allá del autobiografismo de libros como *Ricordi di un impiegato* (1927) o *La novela luminosa* (2005).

Tozzi y Levrero comparten una poética similar de lo concreto, hecha de actos, de objetos y de animales, los cuales poseen una conexión privilegiada con el misterio interior. De este modo, mientras el primero reconoce en *Bestias* que nunca ha mirado un pozo sin pensar en la muerte, el segundo se pregunta, en la obra arriba mencionada, qué sabrán de esta las palomas.

Detrás de uno y otro se halla la figura de Kafka. De tan repetida, su presencia se vuelve —como sus escrituras— una neurosis. El crítico Giacomo Debenedetti fue quien señaló la sintonía existente entre Tozzi y el de Praga, producida esencialmente por la conflictiva relación de ambos con la figura paterna y sus consecuencias psicológicas. Levrero por su parte fue un imitador confeso de Kafka, un epígono satisfecho de serlo que leía *El castillo* por la noche y escribía *La ciudad* por el día.

(En una conversación entre ambos “en el más allá”, imagino a Levrero citando aquello de Roland Barthes:

“Loco no puedo, sano no querría, sólo soy siendo neurótico”).

Sus discursos se cimentan en la utilización del fragmento: digresivo en el caso del uruguayo, que va acumulando materiales en una suerte de sedimentación literaria; minimalista y poético, en el del italiano.

Uno de los primeros lectores de *Bestias*, Paolo Orano, dijo que se trataba de un libro de “lirica sin canto y sin retórica”. Quizás porque advertía que, como la buena poesía, sus situaciones narrativas –al igual que las de Levrero– dejaban al descubierto la existencia de una verdad más profunda.

(Aparecido en el n° 2 de la revista *Sara Mago*)

FRACTURA TRANSPARENTE DE INQUIETUD

Alguien parte. En el lugar donde estuvo,
la ausencia cobra el color y la textura
de una quemadura enorme
en el infinito.

En cambio otras veces, una idea atraviesa veloz
el valle,
dejando en el horizonte una fractura
transparente de inquietud.

SIMETRÍA 16

Dieciséis ventanas en perfecta simetría.
Dieciséis persianas bajando lentas, al unísono.

En la fachada opuesta,
en una de las habitaciones del primer piso,
un hombre que piensa
en la perfecta simetría de la soledad
cuando las dieciséis persianas
terminan de bajarse.

PODRÍA RESUMIRSE ASÍ

Había cerrado los ojos. Quería terminar un poema con el que llevaba ya algún tiempo. Hacía girar el bolígrafo alrededor de mi dedo pulgar, mientras esperaba que comenzase eso que yo llamo desfile de la conciencia, primero una especie de resplandor, luego de nuevo oscuridad y, como adherida a esta, la imagen recurrente de un sueño antiguo que podría resumirse así: me he tumbado en la cama y aún no estoy dormido; de repente siento algo extraño, me inquieto, el origen de tal sensación se encuentra en el pasillo de la casa, donde la oscuridad es todavía mayor que en la habitación. No sé por qué estoy seguro pero es cierto, como el hecho de que comienzo a no sentirme bien, quiero levantarme para comprobar que allí no acecha ninguna amenaza y no puedo, entonces trato de decir algo: *¿hay alguien ahí?*, pero la pregunta no se oye; me esfuerzo, gesticulo, aquí todo se vuelve difuso, la puerta

comienza a abrirse muy despacio, primero una especie de resplandor proveniente del corredor, luego de nuevo oscuridad y, como adherida a esta, la imagen del texto incompleto, el bolígrafo encima de la mesa, yo dirigiéndome hacia la cama vacía...

(De *Del tiempo, los cambios*, 2010)

MARIO QUINTANA
(MÉRIDA, 1987)

Cae la noche sobre el invierno del congelador.
Se coligen las carnes antes de morir de frío.
Cuando menos se espera el último de los huevos acaba siendo
un huevo huero.
Las gallinas rara vez duermen a la intemperie.
Es de cobarde sentirse siempre indispuerto.
Podríamos habernos querido tanto de no ser por nuestros cuerpos.
También las copas de los árboles se acrecientan al morir los niños
por los que fueron plantados.
Las cunetas están plantadas de niños muertos.
Y este frío nunca ha sido cosa del invierno.

Un italiano levanta los brazos en la Provenza ante el asombro
de los lábregos.
Pasa un solo verano colgado el limón.
Lo saben y bien saben que caerán y regeneran una cáscara dura.
Un paisano pelea esta noche en un garito marginal del Brasil.
La higuera es hurtada a primeras.
Pobre la breva fea que no lo sabe.
Un paisano pelea por el título iberoamericano de peso mosca.
El triunfo es un deseo plástico que fácilmente consiguen los italianos.
Cítrico de la copa un antifaz de Cristo.
Sabe el sol desinflar las ínfulas del fruto.
Dura el triunfo en la higuera lo que tarda en llegar el higo.

El agua, a priori, no conoce sus derechos.
Los niños tienen la habilidosa cualidad de descomponer rápido
a los muertos de pensamiento.
Por más que se quiera el agua no se espera.
Poco hay que remediar contra el Todo caído del cielo.
También el fuego cae del cielo.
Y también los cerillos se hacen de rogar cuando se les espera.
No esperéis tras el fuego que el agua por iniciativa reclame sus derechos.
Amamanta la loba de licuados lixiviados a su favorito Remo.
No llegar tarde tan solo es cosa de toreros.

He aquí agua con prisas.
La menstruación del avestruz se cotiza al alza entre los urbanitas.
He pues, succulentos lodos.
Los nostálgicos de una infancia con fiamblera de lata de galletas.
La impaciencia planta árboles que no semillas.
He aquí, para compensar el declive de las muchachas tristes.
Si algo es la suerte, es un huevo de dos yemas.
La arenisca se riega con intención de que algo crezca.
Las consecuencias terrenales acontecen en cadena.
Es el proceso el intervalo en el que la vida llega.

Aquella sí que era una delantera mítica.
Levanta los brazos un italiano en cualquier poblado bárbaro.
Bienvenidos paisanos a la nave del misterio.
Supo el sol desinflar las ínfulas de Cristo.
Acaba el juego cuando así lo quiere la madre del dueño de la pelota.
El cenotafio como método universal de consuelo.
Levanta un ateo los antebrazos al cielo.

No esperes agua para el verano.

No aguanta en una cuneta, un higo, a convertirse en seco.

Quien alguna vez ha cruzado el quicio de un dormitorio que no le corresponde lo hace con paso de ejército invasor infiltrado.

Agitaban aquellas troyanas los cadáveres para que parecieran más de los que en realidad nadie ha encontrado.

Poca cosa más llegaría a ser de lo que en definitiva es un alfiler.

Que otra cosa si no podría llegar a ser la mentira de no ser una verdad contada en bucle.

El doble sentido conlleva peligro en el entendimiento y en vías interurbanas.

La chica lleva una bicicleta para que regrese sobre ella su hermano saluda a los chicos del maíz y a las bolilleras que la criticaron cuando aún era parte de un embarazo en la calle Perú esquina Bolivia han soltado dos gallinas el gerifalte pretende espantar los autillos que ha descolado el ábrego que ha soltado el taxidermista la conciencia común es una conciencia tardía la taxidermia es un atajo común a la artesanía en la calle Bolivia callejuela con Perú el enano don mínimo y el minino tienen igual tamaño y bailan juntos de la mano

El agua sucia pasa apuros hasta encontrarse a sí misma Baudelaire folla en el invernadero para no romperse la cabeza con la propia conciencia desquitarse requiere técnicas contemplativas los planes gimnásticos poseen argucias guardados en contra del tiempo hallado el mínimo común múltiplo de estas cerezas queda prohibido el uso de flash en las galerías profundas el lunes no es mal día el martes comienzo la imaginación común contiene trazas de religión no es de obligado cumplimiento que un libro viejo sea una edición antigua lo mismo ocurre con la piel de los puteros

(De *Bicicletas portan alforjas*)

ANTONIO RIVERO MACHINA
(PAMPLONA, 1987)

LIEV NIKOLÁIEVICH

El apellido Tolstói es agudo,
y como tal debe leerse.

Ha de ser así.
Como un señor feudal ha de ser odioso
y un cosaco ha de estar borracho.

De nada servirá reescribir
en esperanto la guerra y la paz.
La excomuni3n de otro anarquista
no bajará el precio de los combustibles.

Vidor y Bondarchuk
no se pondrán de acuerdo
y el Patriarca de Moscú y de todas las Rusias
negará la cruz que sesteá en las tumbas
de seńores muertos hace noventa años.

Habrá de ser así,
si alguien lo ha escrito.

No importa lo que de veras es cierto.

(De *Podría ser peor*, 2013)

CONFLICTO DIPLOMÁTICO

No sabrás con quién vencerte
en la próxima masacre.

Mirarás cívico de un lado
a otro

como al cruzar un paso de cebra.

Pero no ayudarán los semáforos
en rojo ni cederán el paso
quienes vengan por la derecha.

Los muertos
tampoco podrán ayudarte a elegir
con la infamia entre los dientes
como único botín de vida.

De los periódicos deshojarás
niños heridos demasiado tiernos
para el papel de héroes.

El último comunicado de la contrainsurgencia
fue claro en sus propósitos:

no se harán prisioneros
no quedará nada digno de ganarse

no dejarán guerra sobre guerra.

(De *Contrafacta*, 2015)

CINCO HAIKUS

AMALTEA

Danos tu leche.
De los dioses nos queda
solo la sed.

PENÉLOPE

Entre tus hilos
de tempestad y tiempo
mansa te abrigas.

QUIMERA

Naturaleza
de espanto y seducción
sabe la mezcla.

REA

Por cada madre
un niño vence al tiempo,
nos hace dioses.

TIQUE

Lanza tus dados,
esa moneda al aire
con que nos pagas.

(De Hojas de laurel)

GABINO SÁNCHEZ LLAMAZARES
(FUENTE DEL MAESTRE, 1981)

OSADÍAS

Conmigo se acabó la poesía sincera,
los versos bellos como las flores del almendro;
y surgieron los renglones torcidos,
las osadías que nadie espera.

Huyeron la belleza y la armonía:
sólo permanecieron como sombras
en las tinieblas los silencios y los gritos,
los llantos escritos con desidia.

Conmigo se desvanece la bruma al alba
y las pesadillas amanecen en tempestades
de rayos y tormentas, en torrentes
de lluvias y palabras.

Sin tiempo, las rimas desaparecen
y las estrofas son versos sueltos
sin cadencia en el ritmo
ni en los sueños.

EL VALOR DEL POETA

Cuando el silencio no es una opción
y existe cierto miedo al hablar
surge el poeta, como una necesidad,
brotando como el agua de un manantial
cuando la sequía dura una eternidad.

Quizá el miedo no es pronunciar las palabras
que sólo unos pocos se atreven a pronunciar.
Quizá el miedo persiste porque existe un temor
a la equivocación o, más bien, a las miradas
de quienes deambulan en la ignorancia.

Si es necesaria la reivindicación, una revolución
de palabras que se agolpan en la garganta,
esperando cabalgar con decisión
tras un vozarrón que duda sobre cuales pronunciar,
entonces, surge el poeta con su pluma dispuesta a gritar.

LITERATURA DE IDIOTAS

Contigo confundo el concepto de valentía.
Nunca sabré si escribir todo cuanto te diría
es de valiente o por el contrario me convierte
en un ser inane incapaz de decirte cuanto te quiere.

Hay quien diría que la poesía es literatura de idiotas

y quien la escribe merece todo el respeto por osarse
a expresarse sobre el amor, los sueños y la vida.

Pero también hay quien la considera la guarida
de quienes temen decir aquello que sienten,
porque saben que en el papel nunca se les contraría.

Hasta ahora, mi única certeza es que si mis palabras
se pronunciaran tan fáciles como se escriben
yo mismo odiaría la poesía, y dejaría de ser el idiota
que escribe lo que mi voz no dice por falta de valentía.

¿PARA QUÉ ESCRIBIR?

No son más tristes las palabras
que se escriben
sino aquellas que se esconden,
que permanecen guardadas,
con la esperanza de antes de ser tinta
ser olvidadas.

En el papel la tristeza no acaba,
la inmensidad del tiempo evocará
la voz hueca de tu memoria
recordándote tus poemas,
las palabras sin voz
que escribieron tus manos.
Entonces, ¿para qué escribir

tristes poemas
si sus versos no alivian la pena?,
incluso, en el futuro abrirán viejas heridas.
Porque el poeta no escribe al mañana,
tan solo al presente inmediato que ya es pasado.

UTOPIÁS

Escribo poesía sin levantar la voz,
lacónicas palabras cargadas de libertad
y amor, canto silencioso de agua y viento
con la esperanza de despertar la consciencia
y azorar el corazón.

La cadencia de mis poesías es eco
de mi voz, silenciada por la lasitud
y la desilusión, latentes y plácidos
sentimientos que duermen
esperando que miren tus ojos.

Los versos suenan como murmullos
en la noche, fríos y distantes.
Iluminados por la luna te alcanzan
con su halo de esperanza,
con su esplendor de futuro.

Escribo en papel lanzado al viento
versos de sueños libres

que atraviesan despiertos las veredas
dando voz a la memoria
olvidada en las tinieblas.

Letras que surgen del corazón,
sufrido órgano símbolo del amor.
Intermitente en su vocación,
bombea al papel tinta precisa
reclamando atención.

Poesía social que denuncia
y no calla,
abriendo paso entre las sombras
a los tímidos puños en alto
de quienes luchan sin armas.

Poesía justa para los héroes
y sus hazañas,
pero también para los tristes
perdedores que se olvidan
en la historia.

Poesía con gallardía.
Sus versos son como la niebla
ocultando el temor del poeta,
el silencio de sus palabras,
la rabia de no saber pronunciarlas.
Escribo para poder callar,
recuperando el silencio

renacen los sueños
de saber que todavía son posibles
las utopías del amor y la libertad.

ENTREVISTA A EDUARDO MOGA,
DIRECTOR DE LA EDITORA REGIONAL
DE EXTREMADURA



Eduardo Moga (Barcelona, 1962) llega a la dirección de la Editora Regional de Extremadura y al Plan de Fomento de la Lectura con un amplio bagaje profesional, tanto en el ámbito literario (es traductor, crítico literario, bloguero y autor de dieciséis libros de poesía) como en el ámbito de la gestión administrativa, en el Cuerpo Superior de la Generalitat de Cataluña.

Hemos charlado con él sobre esta nueva etapa en su carrera, cómo se han desarrollado los primeros meses al frente de la Editora y cuáles son los planes de futuro para la misma.

Una pregunta sobre el pasado. Repasando tu trayectoria como poeta, traductor, crítico y habiendo codirigido la colección de poesía de la editorial DVD, nos parece que el puesto de director de la Editora Regional de Extremadura tiene, al mismo tiempo, algo de desafío y de continuación lógica dentro de tu carrera. ¿En qué medida puede servirte todo ese bagaje en esta etapa?

Todas nuestras experiencias anteriores nos sirven para lo que hagamos después. Yo confío en que mi labor como escritor, traductor, crítico literario y colaborador de editoriales como DVD ediciones me ayude a moverme con soltura en el mundo literario y cultural extremeño, que no es en absoluto fácil de manejar, y a entender mejor el difícil mundo de la edición pública, que no solo se rige por la necesidad de obtener beneficios económicos, sino que también, y aun primordialmente, ha de atender a otros objetivos, de carácter social, asimismo legítimos, y en el que hay que conjugar intereses distintos y a menudo contrapuestos. Espero que también colabore a ello mi experiencia en la administración pública: he sido funcionario 27 años, en varios puestos de responsabilidad, y eso me ha dado, me parece, una visión amplia de lo que supone trabajar institucionalmente, en organizaciones com-

plejas. En cualquier caso, mi principal preocupación es garantizar la calidad literaria y el rigor intelectual de todo cuanto publique la Editora Regional de Extremadura.

Una pregunta sobre el presente. Cuando el pasado febrero compartías a través de tu blog Corónicas de Ingalaterra la noticia de tu nombramiento al frente de la Editora, señalabas algo que era bastante evidente: que pese a su merecido prestigio y su esmerado catálogo la Editora había decaído en los últimos años y su visibilidad era bastante reducida. Acto seguido, señalabas algunas de las acciones prioritarias para recuperar su vitalidad y su presencia dentro y fuera de la región: reordenar colecciones, inmersión en el mundo digital y actualización de la web, mayor presencia en librerías... Pese al escaso tiempo transcurrido desde entonces, ¿podrías comentar cómo se está desarrollando ese plan de medidas y cuál es el estado actual de la Editora?

Estamos trabajando en todos estos aspectos y en otros que también mencionaba en esa entrada de mi blog inglés a que te referes, pero el tiempo de la administración, que es mucho más lento que el de las empresas u organizaciones privadas, y las estrecheces presupuestarias, que nos siguen agobiando, dificultan los avances. Reanudaremos la publicación de títulos, en las diferentes colecciones, en septiembre-octubre, tras unos meses complicados de reordenación administrativa y clarificación de los procedimientos, y espero que sean acogidos como su calidad y su interés, en mi opinión, merecen. La actualización de la página web está en curso, en manos de la Administración Electrónica de la Junta de Extremadura. Y la mayor presencia en librerías se procurará con el nuevo contrato de distribución, que también estamos preparando y que debe convocarse en otoño. Otra iniciativa importante, que esperamos también convocar después del

verano, son las ayudas a la edición de libros, que recuperamos después de seis años de ausencia.

Una pregunta sobre el futuro. Por último, ¿qué otros proyectos a medio y largo plazo te gustaría llevar a cabo tanto en la Editora como en el Plan de Fomento de la Lectura?

Todos mis proyectos pasan por la calidad y la difusión. Se trata de publicar bien y de conseguir que lo publicado se conozca, se reseñe, se venda y se lea. Me gustaría recuperar algunas colecciones emblemáticas, como *La Gaveta* o la colección de poesía, pero también potenciar algunos géneros o colecciones minoritarios, como los libros de fotografía, el cómic y el teatro. También querría avanzar en la digitalización de los fondos de la Editora, así como en la posibilidad de compra *online* de sus libros.

En cuanto al Plan de Fomento de la Lectura, tenemos también un programa ambicioso, que pasa por potenciar su dimensión más social y solidaria, esto es, su difusión entre colectivos sociales desfavorecidos. En este sentido, y como medida más destacada, queremos implantar un programa de voluntariado lector en las principales ciudades extremeñas, pero que pueda irse ampliando, en duración y extensión, a toda Extremadura. Igualmente, cuento con recuperar alguna suerte de observatorio del libro, que nos dé información sobre su presencia y repercusión en la sociedad extremeña, quizá integrado en el actual observatorio de la cultura.

Entrevista de Urbano Pérez Sánchez

*AFORISMOS CONTANTES
Y SONANTES*
(ANTOLOGÍA CONSULTADA)
SELECCIÓN Y PRÓLOGO
DE MANUEL NEILA
CÁCERES, LETRAS
CASCABELERAS, 2015

A comienzos del siglo pasado, José Bergamín escribía: “En la literatura francesa se puede elegir a la carta, en la española no hay más que el cubierto”. Poco importa que este aforismo fuera cierto o incierto; lo importante, como quería el autor de *El cobete y la estrella*, es que fuera certero. Ahora bien, con el paso del tiempo y la costumbre, ese aserto fue perdiendo certería, gracias sobre todo a los escritores de la denominada “Edad de Plata”, que llevaron la literatura española al lugar que le corresponde, tanto por lo que hace a los géneros históricos (lírica, épica, dramática), como por lo que concierne al género testimonial y al didáctico, entre los que sobresale el aforismo.

Más que un desmentido del maestro Bergamín, *Aforismos contantes y sonantes*

es la constatación de la buena salud que, al día de hoy, presenta el género entre nosotros. Su objetivo consiste en ofrecer una muestra, todo lo corregible y ampliable que se quiera, de los escritores actuales que han optado por las formas breves y, en particular, por el menospreciado género aforístico, para expresar sus dudas, sus certezas y sus quebrantos como mandan los cánones del pensamiento abreviado.

La presente muestra de aforistas en castellano, apresurada y provisional a todas luces, da cabida a voces procedentes de los cuatro puntos cardinales: voces atemperadas del norte, como las de Ramón Eder o Fernando Aramburu, y voces cálidas del sur, así las de José Mateos o Felipe Benítez Reyes; voces temperadas del este, como las de Gemma Pellicer o Carlos Marzal, y voces lejanas del oeste, así las de Eliana Dukelski o Andrés Neuman.

Y así, hasta un total de cincuenta y dos aforistas actuales, de orientación diferente, pero de alcance parecido: unos, dedicados a las ideaciones del pensamiento, otros, ocupados en las figuraciones del sentimiento; y otros más, preocupa-

dos por la condición moral del hombre. Como quiera que sea, unos y otros se atienen a la lógica pascaliana del corazón, con el fin de poner a las claras finalmente esas razones del corazón que la razón desconoce o que solo conoce parcialmente.

En opinión de Pedro Salinas, que solo podemos compartir con reparos, las máximas, las sentencias y los aforismos son a los cultos lo que los refranes son al pueblo, esto es, “un repertorio de verdades de uso, cuyo conjunto es toda una sabiduría asistemática”. Tal vez por eso la mayor recompensa para un verdadero aforista –se halle o no entre los que presentamos– consista en que algunos de los suyos pasen a formar parte del acervo común, merezcan el privilegio del anonimato.

Manuel Neila

DE DIOS Y OLVIDADOS
VICENTE RODRÍGUEZ LÁZARO
CÁCERES, LETRAS
CASCABELERAS, 2016

Madrid, 1999. Un escritor cacereño se desplaza hasta la capital del país por motivos personales. Allí toma contacto con personajes míticos que le harán tener una visión de la ciudad en la que la realidad, la fantasía y la ficción se mezclarán hasta ofrecerle un retrato profundo y diáfano de sus entresijos existenciales.

El autor intenta hacer un recorrido personal y a la vez preciso por la capital madrileña al finalizar el siglo. Toma como punto de partida a personajes entresacados de las calles y plazas céntricas,

aquellos seres marginados en quienes prácticamente nadie se fija, pedigüños, carteristas, charlatanes, vendedores de revistas, famosos venidos a menos y demás hombres y mujeres que pasan desapercibidos entre la multitud constante que caracteriza a la gran ciudad, incluso los jóvenes ejecutivos emergentes tienen cabida en esta muestra en la que los símbolos que representan las estatuas y antiguos dioses clásicos, tan abundantes en las vías del centro monumental, adquieren un elevado protagonismo y ayudan de alguna manera a que el devenir de los implicados en las historias sea más llevadero o incluso cambie de rumbo, dando así una perspectiva del entorno urbano más enriquecedora y huyendo del fácil retrato costumbrista en el que podría haber desembocado el tratamiento de esta temática.

El libro consta de catorce cuentos, un prólogo y un epílogo que conforman una narración en la que lo mágico y lo real se entremezclan con sensibilidad y eficacia narrativa. Un arriesgado intento de confeccionar un híbrido entre la novela corta y la antología de cuentos para interesar al lector no solo en cada historia narrada sino también producirle una sensación de unidad narrativa al finalizar la lectura de la obra.

Los textos nacen de una experiencia personal del escritor que le llevó a permanecer en Madrid dos periodos de varios días a lo largo del año 1999 y del 2000 por causas personales y cuyo estado de ánimo en esas fechas le llevó a acrecentar su capacidad de observación y su sensibilidad, hasta el punto de inspirarle este singular retrato de una población llena

por otra parte de motivaciones sobradas para el ejercicio literario. Un ejemplo más de cómo la capacidad de creación se transforma y acrecienta cuando las condiciones que rodean al artista son adversas y de cómo la literatura se nutre a veces de estas situaciones para crecer.

Victor M. Jiménez Andrada

DE LA NOCHE A LOS ESPEJOS
HILARIO JIMÉNEZ GÓMEZ
MADRID, EDICIONES
VITRUVIO, 2015

De la noche a los espejos, en la estela del poeta Eliseo Diego, es un libro de madurez, el sexto de poesía de este escritor, cronista de la villa extremeña de la que es natural, Montánchez. De la altura, y variedad, de miras dan buena cuenta ya las citas iniciales, entre sombras y reflejos, en las que, aparte del poeta cubano de cuyos versos toma el título, se invoca a Antonio Machado, Francisco Brines y Luis García Montero.

Las cinco partes en las que se estructura el poemario –salvo la última, luminosa, hacia el amor, que compensa cierta desolación y desconuelo de fondo de las anteriores– están conformadas por poemas duros y visionarios, incluso expresionistas en ocasiones, como “El árbol de la duda”, desde el poema inicial hacia la mística del desierto que divisara José Ángel Valente y que Antonio Colinas, otra de las referencias ineludibles de nuestro autor, levantara en uno de sus libros, hasta la ausencia corpórea que lleva la muerte en los “Trenes perdidos”.

La asentada poética de Hilario Jiménez se desarrolla normalmente en poemas muy condensados –varios poemas hiperbreves se quedan por su contundencia emotiva resonando en la memoria–, ambiguos a veces en el contenido y precisos en la forma, como sucede aquí. Si bien otros destacan porque tienen esa gracia de la poesía tradicional, tan auténtica, tan difícil, que procede de la asimilación profunda de los poetas del 27; no en vano el autor es un consumado especialista crítico en algunas de las figuras señeras de esta generación, ensamblada a la perfección con el vanguardismo: enumeraciones caóticas, juegos de palabras, traslaciones semánticas o potentes metáforas irracionales.

Caben también, por último, destacar, dentro de la riqueza de matices e intertextualidades del libro, las deudas literarias en forma de homenaje a García Lorca o a Félix Grande acompañándole por palos flamencos, el texto dedicado al recientemente desaparecido Santiago Castelo o un guiño, hartado indicativo, a Pessoa en “Palabras”. Sobresaliente.

Fermin Herrero

EL NOVIO DE BETTY BOOP
TOMÁS PAVÓN
CÁCERES, LETRAS
CASCABELERAS, 2015

Los personajes de los comics ni mueren ni envejecen. Al contrario, somos nosotros, los lectores, los que vamos acumulando canas y arrugas hasta un día desaparecer. Prueba de ello es este libro

donde Betty Boop, la incitante e icónica mujer *flapper*, se nos muestra más esplendorosa que nunca mientras, entre otras cosas, descubrimos algo que ni sus incondicionales conocían: tiene novio... y es un joven español, uno más de esos jóvenes españoles castigados por la crisis y la precariedad laboral.

Con todo, no es esta la única sorpresa que aguarda a los lectores de este libro, cuyo autor ya ha recurrido en más ocasiones a personajes del universo de los comics para incorporarlos a sus relatos. De hecho, en el libro se pueden apreciar numerosas analogías con el lenguaje y el tempo narrativo del cómic, especialmente del cómic underground de los sesenta y de su atmósfera, la cual impregna muchas de las páginas de esta novela que ha ilustrado Pámpano Vaca, un artista que también se mueve con facilidad en este género al que cada día se suma mayor número de lectores, especialmente de lectores jóvenes.

Se ha dicho en multitud de ocasiones, con razón, que la literatura de Tomás Pavón es mestiza porque alterna los diferentes géneros y discurre por dos cauces que, de un modo u otro, finalmente confluyen: la narrativa y el periodismo. Esto se aprecia con nitidez en sus libros *Fin de milenio* y *Almanaque*, que recogen parte de su trabajo como columnista del diario *Hoy*, y también en *El cuaderno de Corto Maltés*, un poemario cuya lectura sugiere la de un libro de viajes; o en la novela *El desván de la memoria*, donde el autor plasma su original visión de los últimos años del franquismo.

El novio de Betty Boop, sin dejar de responder a estas premisas, supone una

novedad en la literatura de Tomás Pavón, ya que su estilo es claramente pop y su escritura fragmentaria y minimalista. No obstante, el libro muestra los símbolos característicos del autor, desde la mencionada atmósfera del cómic underground hasta el viaje entendido como metáfora primigenia (¿qué es la vida, sino un viaje?). Por lo demás, *El novio de Betty Boop*, sin dejar de ser una novela, bien puede representar a su vez una crónica de la nueva *generación perdida*, incluso un friso humano y urbano del siglo XXI sobre un telón de fondo virtual. En cualquier caso, de lo que no cabe duda es de que estamos ante un libro moderno que quizás no tarde mucho en adquirir categoría de clásico.

Victor M. Jiménez Andrada

MADRE
JOSÉ CERCAS
SEVILLA, LA ISLA DE
SILTOLÁ, 2016

Madre, mucho más que una evocadora poética de la presencia afectiva y fundacional de lo materno, más que un conmovedor libro, toda una poética de la presencia configurante del amor, del arraigo, de la indisoluble memoria del lugar afectivo, la figura simbólica de la que irradia toda fundación amorosa, la madre heroica y sensible, la madre terrena y espiritual, la voz pura, lo antepasado, la inmaculada presencia de una bondad con la que tanto tiene que ver la poesía como lenguaje de la delicadeza humana.

Me ha encantado el profundo enraizamiento en lo lírico, la tierra sencilla

del verso donde echa raíces la palabra del poeta, poemas estremecedores como “Familia”, que para mí es un texto antológico, un poema sin mácula, de una precisión y esencialidad conmovedora.

Todo el libro está envuelto en una gravitación y densidad lírica muy persuasiva, muy portadora de verdad, de transparencia y aire límpido. Y yo he evocado al leerlo mi propia experiencia vital, la tierra intercambiable, la madre semejante, la admiración por lo mismo. Y desde esa experiencia de gratitud escribo ahora estas líneas.

Juan Carlos Mestre

NEMO

GONZALO HIDALGO BAYAL

MADRID, TUSQUETS

EDITORES, 2015

Cuando, hace algo más de diez años, Tusquets publicó *Paradoja del Interventor*, la novela de Gonzalo Hidalgo Bayal editada antes por Libros del Oeste, los que conocíamos y veníamos leyendo con gusto y admiración al autor celebramos el acontecimiento por todo lo alto, como una auténtica victoria, por lo que suponía de reconocimiento a su trayectoria y por las posibilidades que el sello ofrecía de dar a conocer su obra a un público más amplio. Por suerte la fiesta no terminó ahí, y a la *Paradoja* le siguieron, en la misma editorial, una segunda operación rescate, la de la *nouvelle Campo de amapolas blancas* en 2008, seguida de la publicación de los libros *El espíritu áspero* en 2009, *Conversación* en 2011 y *La sed de sal* en 2013,

todos ellos con una excelente acogida por parte de la crítica. En definitiva, son ya cinco las obras que Gonzalo Hidalgo ha visto publicadas en Tusquets, ver sus títulos en el blanco sobre lomo negro de la colección *Andanzas* se ha convertido en algo habitual, como es habitual leer reseñas de sus libros en los principales suplementos culturales y, sin embargo, aunque ya sea costumbre, uno no puede dejar de celebrar la aparición de cada entrega como si fuera la primera, y por eso considera, de nuevo, un feliz suceso la publicación en esa editorial de su última novela, *Nemo*.

Lo común, cuando alguien se interesa por lo que estás leyendo, es que te pregunte *¿de qué va?* Pues bien, en el caso de los libros de Gonzalo Hidalgo responder a esos hipotéticos *de qué va* resulta más o menos sencillo, pero la respuesta, por extensa y elaborada que sea, nunca da cuenta suficiente del contenido, y la hondura, de la obra. Es el caso de *Nemo*, cuyo el argumento es, de entrada, simple: un forastero llega a una aldea pedida en la abrupta geografía novelesca del creador de Murania con el firme propósito de no decir nada, y allí sigue, en sus trece, pese a las insidias y maquinaciones de sus nuevos vecinos, empeñados en hacerle hablar en un entorno en el que la tónica general es la charlatanería, el parloteo, el eterno hablar por hablar, y en el que, por ello, la decisión podríamos decir *tácita* del recién llegado es a veces entendida como provocación, como signo de rebeldía, y eso a pesar de que el narrador principal –el llamado Escribano– da cuenta a lo largo del relato, en episodios intercalados, de otras tentativas previas de heterodoxia, de

intentos de cerrar la boca que funcionarían como proféticos anticípos –*una voz clama en el desierto*, podríamos, paradójicamente, decir– de la llegada de Nemo, el héroe, el ungido, el definitivo mesías del silencio.

Ese sería, a grandes rasgos, el argumento, que, como decía, no agota, ni de lejos, lo que es *Nemo*, pues sin dejar de ser, sobre todo, una novela, contiene también una interesantísima reflexión sobre el lenguaje, sobre el don de la palabra, sobre el desgaste que provoca en ellas la palabrería, sobre la importancia de nombrar, de ser nombrado, de llevar un nombre, de no pronunciar los nombres, ni la palabra, en vano, y si nos fijamos, además, en las reacciones que la vocación silenciosa del personaje provoca, veremos que el libro tiene también mucho de indagación sociológica, casi antropológica, sobre la condición humana, sobre el rechazo atávico que provoca en nosotros lo diferente, un rechazo que, sin duda, tiene muchas veces su origen en el miedo, en el caso de *Nemo*, en un grave, insoportable pánico al silencio, a no tener qué decir y a descubrir, con ello, nuestra rotundo vacío interior.

No voy a desvelar, desde luego, el desenlace de la novela, ni si, en respuesta a las trampas y a las burlas, el protagonista llega a decir algo, pues debe ser el lector quien lo descubra, pero estoy seguro de que, de hacerlo, tampoco iba a estropearle nada a nadie, porque en *Nemo*, y yo diría que en toda la narrativa de Gonzalo Hidalgo Bayal, no hay *spoiler* que valga, ninguna revelación inoportuna puede hacer que sus obras pierdan interés, pues en ellas el placer de la lectura reside no tanto en la sucesión sorprendente o atractiva de

acontecimientos como en la intensidad de la escritura, considerada tanto desde el punto de vista del contenido – tremendamente rico en juegos de palabras, en guiños intertextuales, reflexiones metaliterarias y disquisiciones de toda índole– como del de la forma, pues solo una prosa excelente como la de Gonzalo Hidalgo es capaz de sostener y hacer salir airosa de historias en las que, si nos atenemos al común *de qué va* en el que solemos tratar de condensar la esencia de libros o películas, parece no pasar gran cosa cuando, en el fondo, seguramente esté sucediendo todo.

Juan Ramón Santos

¿OLVIDARÁS MI NOMBRE?
GABINO SÁNCHEZ
LLAMAZARES, A CORUÑA
EDITORIAL TANDAIA, 2015

Hace un tiempo, la chica con la que compartía vida, me vio leyendo algo muy embobado y me preguntó:

–¿Qué lees?

–*El libro de un amigo.*

–¿Qué tal? *Así, así* –tampoco quería yo perder el tiempo con explicaciones a alguien con quien pasaba el mayor tiempo del día, ya habría mejor momento, no precisamente ese-, *está muy bien escrito pero es muy triste.*

–¿Me lo dejarás leer?

–*No, es triste.*

Horas después le dije que era de las cosas más bonitas y alegres que había leído en mucho tiempo. Como con tantas otras historias, no me entendió.

Quizás porque todo lo nuestro era así. Quizás porque no sé explicarme. Gabino Sánchez Llamazares sí se explica bien. Lo deja todo muy claro. En una historia que hay pérdida y olvido hace que sintamos la compañía incondicional y el recuerdo.

¿Olvidarás mi nombre? Es un viaje de la memoria al pasado. A través de los recuerdos de su marido se conocerán los momentos más significativos de la vida de Candelaria junto a él: el día que se conocieron, el primer beso, el cariño a sus hijos... Pero también se hablará de la aparición de una enfermedad que somete a la protagonista a las tinieblas del olvido y a continuar viviendo sin sentirse viva.

¿Olvidarás mi nombre? Es una historia que pone en relieve la importancia de los recuerdos y el dolor que provoca el olvido. Desde la vejez y a través de la memoria, el narrador regresa a su juventud y recuerda la vida que compartieron, con cariño pero también con dolor porque quizá Candelaria la olvidó. Al final de los recuerdos, su presencia le descubre el secreto más hermoso de la vida.

¿Olvidarás mi nombre? Es el título de un libro en forma de pregunta que conduce del olvido al recuerdo, haciendo el camino a la inversa. La vida a través de la memoria, los recuerdos como cimientos de la construcción de Candelaria y su historia de amor y vida. El olvido a través del recuerdo. El recuerdo que combate al olvido.

¿Somos lo que recordamos o nos definimos por lo que llegaremos a olvidar? Leyendo *¿Olvidarás mi nombre?* encontramos respuestas a muchas preguntas.

La historia te coge de la mano, para que agarremos la de Candelaria y paseemos por el amor y la vida, viviendo los recuerdos para no llegar al olvido. Los recuerdos de una vida que no merece olvidar su nombre. Una historia de amor para recordar.

¿Olvidarás mi nombre? Es la historia de aquello que no podemos olvidar, de lo que siempre recordaremos. Allí donde está el secreto de la vida.

Cuando le dije a la chica que estaba leyendo *¿Olvidarás mi nombre?* me miró e intentó jugar llevando el título de este libro a nuestra realidad. A día de hoy no he olvidado su nombre pero sí quiero olvidar que nuestro amor, como tantos otros, palidece a la luz del de la historia de este libro.

Hace un tiempo Gabino Sánchez Llamazares, el autor de *¿Olvidarás mi nombre?*, me confesó lo que tenía entre manos. No le di mucha importancia porque él me parece muy buena persona. Y siempre he creído que las buenas personas no pueden escribir bien, porque no tienen maldad para jugar con el lector. Con esta novela me ha enseñado que desde la bondad se escribe muy bien y muy buenas historias. Como esta de *¿Olvidarás mi nombre?*

Si cae en sus manos, no lo duden. Léanlo y seguramente les cueste mucho olvidarlo. Y que algo permanezca en la memoria es una maravillosa señal de que merece mucho la pena. Aunque haya excepciones, como aquella chica de la que les hablaba al principio y que no tiene nada que ver con todo esto...

Fernando L. Muñoz Monzú

PAJARITA CIEGA (EL EXAMEN DE NINGUNA RESPUESTA A CIENTOS DE PREGUNTAS)

JOSÉ MANUEL SITO LERATE,
MÁLAGA, CORONA DEL SUR,
2016

Tienes en tus manos un puñado de versos, distribuidos en diecinueve poemas, que hablan de las inquietudes universales de cualquier mortal bajo *la sombra de la pregunta*. Un libro, titulado, *Pajarita Ciega (el examen de ninguna respuesta a ciento de preguntas)*, escrito por, el dramaturgo y poeta, José Manuel Sito Lerate.

En la obra que vas a leer se advierte un ir de los asuntos más triviales a los más profundos donde el poeta intentará enfrentarte a una *orla de temores, tiempos pasados, ironías del ayer, sueños, esperas, respuestas frustradas*. En realidad, la voz literaria que interroga, aunque resulte paradójico, al mismo tiempo responde. Este yo lírico, sin hacer espavientos, dice que *somos fabulación, que los mortales somos fábula* y que en nuestras ensoñaciones preguntamos *si en el mar hay flores o en el sol peces, o si es sabio preguntarse*. Así, la voz literaria insistirá en preguntar *a los poros de una piedra, o a las paredes de hierbas salvajes, o a los seis lados de las rosas*. Con estas preguntas, aparentemente simples, el poeta nos enfrenta a sus símbolos: que *los poros de la piedra* –a veces– son los rincones de nuestra realidad, o *la hiedra de las paredes-muros*, nuestras mentiras, o *la rosa de seis lados* nuestros imposibles.

Como conclusión a esta sinfonía de versos que forman la obra de José Manuel Sito, la única respuesta que encuentro, ante las preguntas que él manifiesta en

ella, es la del silencio. Porque esto es lo que hace el poeta, ir subrayando el silencio en medio de tanta pregunta repartida. Es el silencio, el que marca las pautas de la historia, la personal, que habla de lo que somos, de esa historia de *casi un millón de besos de colores*, esa que, en definitiva, *reduce el tiempo de la memoria*. Por esto mismo, no importa si hay zozobras, ya que en el silencio se advierte *la soledad de océanos sin ballenas, o huertos sin rosas*, o el que no haya mariposas, ni *sangre en las venas*. Un silencio que empuja a seguir preguntándose, aunque *la inquietud atente contra el propio yo* y a este *lo mantenga dividido*. La justificación a todo esto se expresa en el poema final con el imperativo del *dime* que remata este estado de inquietudes, a veces silentes, donde es fácil advertir como en *lo inconcreto se busca lo definido*.

Te recomiendo, a ti lector que te atreves a pisar el umbral de esta obra, que no tengas prisa por avanzar y terminar. Al comenzar, hazlo despacio y sin reparos, déjate mecer por las preguntas que nuestro autor lanza, y en el silencio –que muchas de ellas provocan– procura descubrir las propias preguntas, esas que tú y yo no nos atrevemos a hacer a los otros y mucho menos a hacernos.

Faustino Lobato Delgado

LA MEMORIA ENCENDIDA
ELADIO MÉNDEZ,
MADRID, AMARGORD, 2016

Eladio Méndez comenzó su trayectoria poética con *Arrullos* (2008), un deli-

cioso libro de nanas, y ocho años después nos sorprende con un poemario titulado *La memoria encendida* que, muestra de su acentuado compromiso social, resulta impactante en el panorama poético actual, pues no se autocomplace contando sus logros y pesares sino preocupándose por los problemas que sufren los más indefensos a causa de la injusticia, la pobreza, la insolidaridad, el olvido histórico y la trayectoria que sigue el mundo hacia la nada: “Guardo en mi memoria / sólo una etiqueta / y un número escueto, / la etiqueta blanca / y el número negro. // Bajo una sábana / besando la arena, / un cuerpo yacente, / sin rostro, sin nombre. // Sólo una etiqueta / y la muerte paría” (“Muerte en el estrecho”, 26).

Eladio Méndez, con su empática y severa denuncia, remueve conciencias poniendo delante del lector la otra cara de la realidad que suele ser más ingrata que la visible, pues advierte que, detrás de la aparente normalidad, siempre existe el dolor, el hambre, la emigración forzada o el trabajo esclavo: “Con precariedad habito / en los suburbios de la esperanza. // Aquellos que me explotan, / me perdonan la vida / a cambio de mi vida. // Desde mi nacimiento / pernocto en las cloacas / de todo el que devora / la dignidad humana. // Sí, desde mi nacimiento. // Y aún sigo esperando / que soplen los vientos / de la liberación” (“Biografía obrera”, 35).

La memoria encendida es, además, un sorprendente poemario porque pone de manifiesto que Eladio Méndez, antes de publicarlo, ha sabido esperar a que su poesía adquiriera una voz consistente asimilando comentarios, lecturas, versos, opiniones de otros, calladamante, pacien-

temente, hasta comprobar que su voz potente y segura había logrado cimentar su discurso: “Si quieres entender / la ley de la gravedad, / levanta tu voz / contra la injusticia. // Comprenderás / la gravedad de la ley” (“La ley de la gravedad”, 42).

Es difícil conocer otro caso de aprendizaje y consolidación poética tan paciente como el de Eladio Méndez y también lo es encontrar hoy día unos versos comprometidos con una forma poética que ahonde en el mensaje de un modo directo y enérgico sin perder su sentido literario como los suyos: “No, no todo en la posguerra fueron ejecuciones, / de hecho, mi madre, / vivió para narrarme aquel siniestro crimen” (“No todo fueron ejecuciones”, 67).

Antonio Salguero Carvajal

VINO Y PÓLVORA
SUSANA MARTÍN GIJÓN,
SEVILLA, ANANTES, 2016

Cuando era joven leí mucha novela negra, sobre todo a los clásicos de la literatura norteamericana. Algunos de sus autores, como Raymond Chandler, forman parte de mi particular panteón literario y su novela *El largo adiós* me parece una de las mejores del siglo XX. Aunque ahora el género goza de una excelente salud, no suelo frecuentarlo, salvo excepciones, como el de mi paisano Eugenio Fuentes, el del fallecido Henning Menckell o el del irlandés John Banville cuando escribe con el seudónimo de Benjamin Black.

Estos días he regresado a la novela negra con la lectura de *Vino y pólvora*

(Anantes), de Susana Martín Gijón (Sevilla, 1981), la tercera de una saga que la autora define como el trébol de cuatro hojas y que tiene como protagonista a la policía Annita Kaunda.

A Martín Gijón podríamos emparentarla con los autores de la novela negra mediterránea, los Camillieri, Márkaris, Andreu Martín, tantos otros, Eugenio Fuentes en Extremadura y su detective Cupido, con el eco aún cercano de Vázquez Montalbán. La novela negra o policíaca mediterránea se diferencia de la nórdica en la forma de abordar el crimen, digamos que en líneas generales es menos violenta y pone más el foco en la psicología de los personajes.

Gracias a una prosa eficaz y un ritmo bien modulado, las casi cuatrocientas páginas de la novela se devoran. El lector quiere saber qué con las tres historias principales que se entrelazan en *Vino y pólvora*: la investigación del asesinato de Luis Flores, un bodeguero extremeño; la desaparición de Mihaela, una niña rumana; y la visita de Annika y su familia a Italia, donde habrá un encuentro con la mafia calabresa. Martín Gijón va trenzando con sabiduría estas tres historias y a medida que avanza la novela vamos conociendo un poco más a Annika, la policía negra de la Comisaría de Mérida. De hecho, esta ciudad, como la Barcelona de Montalbán, se convierte en un personaje más de la historia.

En *Vino y pólvora*, como se pide a una buena novela policíaca, la trama está bien amarrada. La autora nos la va desvelando poco a poco, sabe crear la tensión necesaria para que sigamos leyendo. ¿Quién será el asesino del magnate extre-

meño? ¿Qué ha pasado con la niña? Pero estas preguntas tan solo sirven de anzuelo porque lo que le interesa a Martín Gijón, creo, es otra cosa. Y esa otra cosa es mostrarnos el mundo en el que vivimos. Creo que sin empatía no hay literatura y Martín Gijón la tiene. Gijón posa su mirada en las zonas más vulnerables de nuestra sociedad, en los inmigrantes, las mujeres maltratadas, los niños, y nos alerta de la corrupción, el poder y el servilismo. A pesar de la dura realidad que retrata, se trata de una novela optimista, en la que Martín Gijón nos reta a saber más sobre nosotros mismos, sobre el mundo que nos rodea. La solución a la injusticia pasa por afrontar pequeñas causas, como hace Annika en su trabajo como policía, en el que ha tenido que combatir tabúes y prejuicios y en el que no falta un jefe que antepone todo con tal de salvar el culo.

Javier Morales

MERCADO DE ABASTOS
JOSÉ MANUEL VIVAS,
MADRID, RULETA RUSA, 2015

LA ESTRUCTURA. CAPÍTULOS:

En el primer capítulo, *avituallar*, termina por transformarse en un espacio donde un nosotros literario provoca el diálogo aprovisionando a la vida de “*un plan de fuga eficiente que salva del estu- por*”;

En el segundo, la *compraventa*, es un concepto que termina por englobar todo lo que la vida compra- o mal vende-, como son las falacias, los temores, la

soledad, los olvidos, dios con mayúsculas, las osadías, la risa, el amor.

Y finalmente, en el tercer capítulo, con el término *trastienda*, los versos nos sitúan ante todo lo que de manera consciente o involuntaria la vida oculta, unas veces por inercia y otras por vergüenza, como es: la resistencia a no ser nada, o la venta de los otros; las respuestas agotadas, o lo que no queda de uno mismo; los enfrentamientos banales, o los vacíos.

Solo con mirar este esquema lógico de los capítulos: *avituallar, compraventa y trastienda* se puede observar como el autor nos quiere introducir en un viaje que va más allá de las propias palabras, en un camino donde los elementos adquieren un valor significativo de solemnidad.

INTENCIONALIDAD SIGNIFICANTE: LA PERSPECTIVA DE LO SOCIAL.

La obra, *Mercado de abastos*, termina por enfrentarnos a la propia existencia desde la imagen de lo inmediato. Pocos autores son capaces de terminar socializando el verso, como Jose Manuel Vivas hace, es decir, pocos se atreven, como él, a convertir el poema en un meta-relato del compromiso social. Este indicador nos advierte, a los que nos hemos acercado a la obra de nuestro autor, que las palabras adquieren una profunda significación haciendo que, cada uno de nosotros como lectores, nos situemos en el mercado de la vida, que es la existencia misma y a su vez nos sentimos empujados, emocionalmente, a reconocernos en cada gesto descrito. Jose Manuel tiene esa habilidad que es la de esbozar no solo un *eikos*, imágenes, sino un *logos-espejo* donde reflejarnos.

En este campo de lo significativo, de lo que dice y nos implica hay otra realidad propia de la creación de Vivas y es ese movimiento de fuera-adentro que él diseña en algunos de sus poemas. Esto movimiento de lo íntimo hace que los versos adquieren un relieve aleccionador y ejemplarizante. No basta con mirar, sino que hay que implicarse.

Así, en la primera parte, el yo literario nos muestra ese *gusto por los ocasos y las simas marinas, por los agujeros negros... (por) las solitarias mesas de la cafetería, allí al fondo, donde trazo un plan de fuga eficiente que (me) salve de tanto estupor* (Interiores pág. 21);

En realidad, todo se porta y se traslada, todo queda ajustado, listo para la venta... todo se prepara concienzudamente... así la vida nos prepara sus manjares a diario. Y así desbaratamos cuanto nos ofreció la vida con orden y paciencia con meticuloso cuidado. (Existencias, pág. 24);

Y todo esto expuesto como un viaje, como un necesario *salir a la intemperie o adentrarse en el bosque, aunque no tengamos tiempo para ello, para ese viaje, ni el valor de abandonar nuestro refugio.* (Mico-logía, pág. 31)

En la segunda parte, donde la compra-venta aparece como una prioridad, en concreto, lo que se subraya es *esa búsqueda del rincón sin luz del mercado (de la vida) donde ocultarnos y mendigar las incontrollables ascuas de la (vida) existencia, los sudores ebrios de la fiebre.* (Algo así como el amor, pág.37);

Porque, *salir es enfrentarse a uno mismo sin medida. Allí nos venden lo que necesitamos, un enjambre de dudas que se otorgan, la necesaria certidumbre de habitar un*

cuero... (Agorafobia, pág. 44); Y es así cuando se impone un escuchar la tenue voz de los galápagos bajo el río, su cantar de agua, el sonido hueco de sus corazas de animales prehistóricos, de lentos supervivientes... (Galápagos, pág. 51).

En la tercera parte, es donde el yo literario reconoce frente a un tú, a veces impasible, que *no queda nada visible sino un territorio hueco y umbrío... donde nada nos tiembla en la voz, donde ningún vocablo los nombra, y ningún aliento los resucita.* (Nombrar, pág. 59); En esta tercera parte se explana este sentido de lo social, indicado más arriba, que alimenta los versos en el decir: *tú pusiste el precio a sus desahucios, ellos recogieron del suelo las frías mantas de plástico de su envoltura.* (Usureros, pág. 62); denunciando cómo *pesa la huella de los falseadores, (y) de cómo sus voces tienden a cargar sobre el débil el lucrativo embuste de sus programas electorales.* (Mentirosos, pág. 66).

Faustino Lobato

OESTE EN MI POESÍA
PUREZA CANELO GUTIÉRREZ
TRUJILLO, REAL ACADEMIA DE
EXTREMADURA DE LAS ARTES Y
LAS LETRAS, 2016

Escribir o hablar sobre poesía es mayor reto para mí que ir a su búsqueda. Con estas palabras iniciaba Pureza Canelo la lectura de un texto singular, *Oeste en mi poesía*, su discurso de ingreso en la Real Academia de Extremadura de las Artes y las Letras, y una pieza que, como toda su obra, transita en ese espacio fronteri-

zo entre la poesía y la poética, en el que los versos se superponen y confunden con la reflexión sobre la misma escritura. Durante poco más de una hora, y en las cuarenta páginas del discurso completo que *tampoco se ha escrito “como discurso”*, tres hilos, el espacio –un oeste real en la verdad de la literatura–, el tiempo desde la memoria de la infancia y la de cada uno de los libros publicados, y la palabra como único método de conocimiento, se trenzan en una suerte de autobiografía desnuda, que sólo tiene sentido completo hacia el futuro: en este texto Pureza Canelo se reconoce en una trayectoria que deja abierta, a la espera de un nuevo libro que, como ya ha ocurrido en ocasiones anteriores, salte desde la poética celebrada hasta un nuevo paradigma.

Oeste en mi poesía, editado junto a la contestación del musicólogo y atento lector Antonio Gallego, y que se cierra con una completa bibliografía de la autora y sobre sus libros realizada de José Manuel Fuentes, requiere, sin duda, un estudio minucioso. En tanto se lee en su contexto, que es el de las poéticas anteriores (*Habitabile, Tendido verso, Tiempo y espacio de emociones y No escribir*) y en la progresiva emergencia de ese concepto plural y vivo que es *oeste*, afirmado cada vez más en la manera como la poeta viene relejendo sus títulos y su vida, tan unidos, merece la pena atender a la recepción inmediata, a las lecturas de aquellos que asistieron o leyeron de primera mano sus palabras y, además, conocen su poesía. Es el caso de los textos que publicaron tras el ingreso Miguel Ángel Lama, Álvaro Valverde, Irene Sánchez Carrón y el también académico Manuel Pecellín; será éste último quien

sitúe, en la reseña “En el oeste extremeño”, publicada en el diario *HOY*, el itinerario profesional y literario de la autora, insistiendo en su propuesta de un oeste novedoso que define como “una lectura de la ruralidad desde el S. XXI”, sin olvidar las referencias desde la institución a la poeta más que bregada en la gestión cultural. También alude a esta condición, tan necesaria para la Academia, Miguel Ángel Lama, en la entrada de su blog “Pureza Canelo, académica del Oeste”, mientras subraya el compromiso con ese oeste en el que está Pureza Canelo *empeñada con ganas y razón*, una entrega que, en palabras de la reciente académica, desvela un *oeste multiplicador*. Álvaro Valverde, al hilo de una obra *reflexiva y rigurosa* destaca en su blog, bajo el título “Pureza Canelo académica” la relación entre vida y escritura, y señalará un motivo muy cercano a su propia poética, la *noción de lugar: la suya es una poesía que mira desde el Oeste, mucho más que una mera posición geográfica; un punto de vista (y un estado de ánimo) que no puede sino hacer suyo quien ha establecido en el mismo o parecido territorio su noción de lugar*. Junto a esta idea del espacio, distingue Irene Sánchez Carrón, en el artículo “Pureza Canelo, nueva académica”, de nuevo en el diario *HOY*, que desarrolla desde el punto de vista del lector, la sensación de fugacidad, de viaje entrevisto que la propia expresión de la poeta provoca: si Álvaro Valverde y Miguel Ángel Lama incidían en el espacio, Irene Sánchez Carrón asume el vértigo de quien lo recorre en la lectura de la mano de la autora, como contraste a una escritora que quiere ser pensamiento y emoción pausado y esencial: *en los poemas de Pureza Canelo está el mundo y las ideas y*

los sentimientos eternos de la poesía, pero sólo se nos permite verlos un instante..

Son, en definitiva, estos acercamientos iniciales trazos que preludian algunas de las pistas de las próximas lecturas, que puedan disfrutar de *Oeste en mi poesía* con las mismas palabras con que recuerda Pureza Canelo, en un texto personal firmado el 21 de junio, cuando ha transcurrido un mes del acto, su impresión del acto: vivido como una prueba de resistencia, pero, sobre todo, como «*una fiesta muy seria*». Gozo y gravedad de la poesía, y de la obra en marcha de Pureza Canelo.

Luis Sáez Delgado

- Lama, Miguel Ángel, “Pureza Canelo, académica del Oeste”, en: www.malama.blogspot.com.es/2016/05/pureza-canelo-academica-del-oeste.html
- Pecellín Lancharro, Manuel, “En el oeste extremeño”, en: <http://blogs.hoy.es/libreconlibros/2016/06/18/en-el-oeste-extremeno/>
- Sánchez Carrón, Irene, “Pureza Canelo, nueva académica”, en *HOY*, 5 de junio de 2016, p. 24.
- Valverde, Álvaro, “Pureza Canelo, académica”, en: www.mayora.blogspot.com.es/2016/06/pureza-canelo-academica.html

ÍNDICE

1.- Una estación, una ciudad, un destino. Antonio Colinas.....	7
2.- Radiografía de la literatura joven en Extremadura:	19
• Fernando Alcalá	21
• C. L. Andrada	24
• Anaïs Ávila.....	27
• Álex Chico	30
• Alberto Escalante Varona.....	39
• Nat Fernández Pulido	43
• Francisco Fuentes.....	46
• Carlos García Mera.....	49
• Alberto Guirao.....	52
• Luis Leal.....	57
• Patricia Luna.....	62
• David Matías.....	66
• Nicolás Paz	69
• Víctor Peña Dacosta.....	72
• Fernando Pérez Fernández	77
• Urbano Pérez Sánchez.....	81
• Mario Quintana.....	85
• Antonio Rivero Machina	89
• Gabino Sánchez Llamazares	93
3.- Entrevista a Eduardo Moga, director de la Editora Regional de Extremadura.....	99
4.- Notas de lectura:.....	105
• <i>Aforismos contantes y sonantes</i> , edición de Manuel Neila	105
• <i>De Dioses y Olvidados</i> , Vicente Rodríguez Lázaro	106
• <i>De la noche a los espejos</i> , Hilario Jiménez Gómez.....	107
• <i>El novio de Betty Boop</i> , Tomás Pavón.....	107
• <i>Madre</i> , José Cercas.....	108
• <i>Nemo</i> , Gonzalo Hidalgo Bayal	109

• <i>¿Olvidarás mi nombre?</i> , Gabino Sánchez Llamazares.....	110
• <i>Pajarita ciega</i> , José Manuel Sito Lerate.....	112
• <i>La memoria encendida</i> , Eladio Méndez.....	112
• <i>Vino y pólvora</i> , de Susana Martín Gijón.....	113
• <i>Mercado de abastos</i> , José Manuel Vivas.....	114
• <i>Oeste en mi poesía</i> , Pureza Canelo Gutiérrez.....	116



www.aeex.es

aeex@orange.es

aeexsocios@gmail.com

